

CURTIS GARLAND

MUERTO SIN REQUIEM


COLECCION
LA HUELLA
eb

CURTIS GARLAND

MUERTO SIN REQUIEM

Colección LA HUELLA n.° 58
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 39129-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: diciembre, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Fue la primera vez que intentaron matarme.

Sucedió todo tan rápidamente, que no tuve tiempo de preverlo. Ni siquiera de reaccionar de alguna forma. Lo cierto es que pudieron haberme matado entonces, sólo lo impidió mi buena fortuna.

Sí. Siempre he sido un tipo de suerte. La verdad es que he llegado a poner muy en duda ese aspecto de mi persona y mi destino en infinidad de circunstancias que hacían pensar en todo lo contrario. Pero, a la larga, tuve que estar de acuerdo con la pitonisa que me presagió toda la suerte del mundo.

La pitonisa…

Cielos, creo que ahí empezó todo. La pitonisa y su profecía.

Lo demás llegó casi enseguida. En la misma feria. Donde acababan de pronosticarme una muy larga vida, un romance con una hermosa desconocida… y mucha suerte en todos los lances de mi existencia.

Entonces es cuando intentaron, por vez primera, mi asesinato. Justo entonces…

* * *

Era una caseta con muchas bombillas de parpadeantes colores. Dentro, una música ambiental muy de circunstancias, una iluminación tenue y fantasmal, y una iluminada esfera de vidrio sobre la mesa, le ponía a uno en situación. Eso era sólo el prólogo, el inicio. Es decir, el inicio después de haber dejado un dólar en la taquilla automática de la entrada, donde un misterioso fakir de rojo turbante, también mecánico, movía su cabeza en una urna, sonreía

extrañamente, con un misterioso brillo luminoso en sus ojos de vidrio, y decía con voz gutural, evidentemente grabada en una cinta magnetofónica:

—Gracias… Por un dólar, acaba usted de adquirir un pasaje hacia el futuro, hacia su destino. Adelante… y suerte.

Sí. Todo estaba muy bien. Como en cualquier barraca de feria de ese tipo. La gente de esa clase de atracciones se lo piensa todo para impresionar a su clientela, casi siempre ingenua y capaz de sentirse en situación con tales trucos de verbena. Debo confesar que yo no soy muy ingenuo ni impresionable. De modo que llegué a presencia de la bola mágica de la Sacerdotisa Belia, como así se hacía llamar espectacularmente en sus carteles de propaganda, allá en el exterior del barracón, sin inmutarme lo más mínimo.

Un momento después, hacía su estudiada entrada en escena la Sacerdotisa Belia. Con el aparato adecuado, un *crescendo* dramático de la música de ambiente, y unos parpadeos de luces rojas, centelleantes, que quedaban muy bien, pero que me dejaron con las retinas hechas polvo.

—Bien venido a la consulta del futuro —me saludó ella con voz profunda, grave y solemne, mientras se acomodaba tras la esfera de vidrio luminoso—. Tú, hombre de fe, que esperas conocer lo que tu futuro te reserva, que esperas la voz del destino anticipándose a su propio camino, para mostrártelo claramente… escucha. Escucha, y convéncete de que por boca mía habla sólo tu propio porvenir, el mañana de aquel que cree en mi poder vidente…

Yo escuchaba todo aquello como el que oye llover. Me intrigaba más ver el rostro de la solemne «sacerdotisa», que atender a toda la palabrería habitual en tales representaciones.

Parecía una mujer joven y no mal formada, ni mucho menos. Cierto que su túnica de tejido brillante, algo así como un raso o una seda, era amplia y flotante en torno a su cuerpo, pero éste se me antojó esbelto y de firmes curvas. El rostro, bajo una especie de velo y tocado de pedrería roja y verde, imitando rubíes y esmeraldas gordas como pedrisco, se envolvía en sombras, en luz escarlata y destellos amarillentos de la esfera mágica, pero me dio la impresión de ser joven y atractivo.

Me soltó toda la historia consabida de la buena fortuna, el amor fácil, la bella desconocida que entraría en mi vida… y la suerte.

Sobre todo, la suerte como aliada de toda mi existencia. Supongo que a todos decía más o menos lo mismo. A nadie le gusta pagar un dólar para escuchar calamidades.

Abandoné el barracón preguntándome si yo me reía de ella, o ella me había tomado el pelo, con mi visita y mi dólar. Estaba todavía con esas dudas, pensando en qué otra cosa divertirme, en el parque de atracciones de Coney Island, cuando sucedió.

Entonces intentaron matarme.

Fue cuando llegaba junto al espléndido barracón ferial dedicado a un «fabuloso viaje alrededor del mundo», como rezaban sus parpadeantes letras luminosas, sobre una panorámica en cartón pintado, representando la torre Eiffel de París, el Parlamento de Londres, el Taj Mahal hindú, la Esfinge de Gizeh, la Gran Muralla China y la estatua de Buda en Japón. Flanqueando todo ello, dos colosales figuras, la de un piel roja cruzado de brazos y la de un bélico guerrero negro africano. Las estatuas tendrían unos tres metros de altura, y estaban hechas de madera, metal y escayola. Su peso debía ser considerable, dado su volumen.

El piel roja fue el que se me vino encima, a pesar de que yo juro no haber participado jamás en el genocidio de su raza ni en la defensa de la figura histórica del general Custer.

Aproximadamente trescientas libras de material sólido se precipitaron súbitamente sobre mí. El altivo guerrero emplumado, posiblemente una reproducción idealizada del gran Sitting Bull, se bastaba por sí solo, cayéndome encima, para aplastar mi cabeza y parte de mi cuerpo.

Y así lo hubiera hecho, irremisiblemente, de no librarme algo providencial. Justo entonces, tropecé con uno de los entarimados salientes del barracón, quizá por estar contemplando precisamente la atractiva y convencional fachada del barracón. Mi tropezón me llevó, dando dos traspiés, contra el muro del edificio. Y entonces, justo entonces, vi caer ante mí la sólida figura del guerrero indio. Alguien gritó, en las bien iluminadas calles de la feria. El voceador de la puerta se quedó repentinamente callado, con la cara tan blanca como si estuviera modelada en yeso. La taquillera, una rubia gorda y pintarrajeada, chilló agudamente, cubriéndose el rostro con instintivo movimiento de sus manos.

Respiré hondo. Una polvareda se alzaba del suelo y bajo la mole

de la estatua abatida, pude ver las astillas del mismo entarimado donde yo tropezara.

Tuve la desagradable impresión de que mis costillas y cráneo hubieran ofrecido muchas más astillas que la madera, de haberme pillado debajo, en su caída. Miré al piel roja con la misma expresión con que debió hacerlo Búfalo Bill cuando se enfrentó, a vida o muerte, con Mano Amarilla.

—Diablos… —oí murmurar a mi voz, aunque maldito si fui capaz de reconocerla—. Diablo con ese indio… ¿Por qué quería mi cabellera?

El voceador me miró como si mi sentido del humor en aquellos momentos le resultase tan incomprensible como podía serlo el lenguaje de los lapones. Sólo atinó a balbucear con tono ahogado:

—¿Está…, está usted bien, señor?

—Sí, creo que sí —admití, sacudiendo la cabeza, sin dejar de mirar la estatua del indio—. ¿Les ha ocurrido esto muchas veces?

—Dios mío, no —rechazó él, horrorizado—. Es la primera vez que ocurre… No entiendo cómo pudo suceder, señor… Las figuras están muy bien fijadas, sólidamente sujetas, para evitar accidentes. De otro modo, las autoridades no nos permitirían situarlas ahí…

—Sí, es lo que había imaginado —dije, contemplando al grupo numeroso de curiosos que, atraídos por el suceso, rodeaban el lugar, mirándome como a un bicho raro. Un agente de policía y un empleado uniformado de la feria, se aproximaban con rapidez hacia el lugar, y las atracciones de alrededor se mantenían paradas ahora, desde un carrusel hasta un tobogán, porque empleados y usuarios permanecían más interesados en la estatua del piel roja y en mí, que en la propia diversión verbenera.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —habló abruptamente el policía, parándose en seco ante la figura derrumbada—. Pudo haber matado a alguien…

—Ya lo creo que pudo hacerlo, agente —admití—. Yo pasaba por debajo en ese momento. Me salvé de puro milagro. Un tropezón oportuno, me sacó virtualmente de debajo…

El agente me miró, ceñudo, cambiando luego una mirada con el guardián de la feria, que parecía nervioso y molesto con todo aquello.

—No me explico esto… —se apresuró a justificar el funcionario

del recinto ferial—. Todas las atracciones están obligadas a guardar unas medidas de seguridad…

—Le aseguro que es así, señores —habló apuradamente el voceador. Bajó del estrado y señaló el pedestal de la figura—. Vean, por favor, vean esto. Tiene unos cables, unos soportes de metal atornillados… No me explico cómo pudo ceder así…, a menos que algo se rompiera súbitamente…

Se encaminaron a inspeccionar lo ocurrido. Yo, quizá como persona más interesada directamente en la cuestión, fui tras ellos, dispuesto a ver qué pudo provocar el accidente en el que pude haber perdido la vida.

Ciertamente, existían unos cables tirantes, unos soportes de hierro con tornillos, y todo cuanto dijera el empleado de la caseta de atracciones. Sólo que los cables estaban limpiamente cortados con algunos alicates poderosos, y sus fibras de acero brillaban como plata, a la luz parpadeante de los rótulos de la feria. En cuanto a los tomillos de sujeción de las bandas de hierro a la estatua, aparecían dispersos por el suelo, con los soportes abatidos y flojos.

—Cielos… —murmuró el encargado del barracón—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Yo diría que…, que el derribo de esta estatua fue provocado —dijo secamente el policía, con gesto de enorme perplejidad.

—Y quien lo provocó, lo hizo deprisa y bien —sentenció el vigilante de la feria—. Vean eso: dos tornillos gruesos, aflojados con mucha rapidez… y un par de cortes en los cables de seguridad. Fue suficiente. Cosa de un minuto de tiempo en total…

—Vaya… No puedo entenderlo —se lamentó el voceador, muy pálido—. ¿Quién querría arruinar mi barracón, cometiendo un sabotaje? No tiene sentido…

El agente de policía se quedó mirando, en silencio, todo aquello. Luego rodeó el lugar en donde alguien manipulara para derribar la estatua sin preocuparse demasiado de las huellas que dejara. Y, de repente, como asaltado por una súbita sospecha, se irguió, buscando con la mirada al hombre que pudo haber sido víctima de aquel extraño sabotaje.

No lo encontró.

Yo me había ausentado unos momentos antes, asaltado por la misma sospecha que él, para evitar verme complicado y sometido a

molestas preguntas, que no hubiera sabido responder.

Ya no estaba allí. Ni pudo encontrarme. Me apresuré a mezclarme entre la gente que llenaba la feria de Coney Island. Y a alejarme apresuradamente, para no ser localizado. Poco después, abandonaba el recinto del parque de atracciones y me perdía en la noche, de regreso a Manhattan.

Pero estaba totalmente de acuerdo con el agente de policía: el hecho fue provocado.

¿Por quién? ¿Por qué?

Era una incógnita total, absoluta. No tenía enemigos. No sabía que los tuviera. Nadie tenía motivos para deshacerse de mí.

Y, sin embargo, habían intentado matarme esa noche.

Sólo la suerte me salvó de morir aplastado. La suerte… y un tropezón providencial.

Suerte…

Recordé la profecía de la pitonisa: «Amor fácil, fortuna, una bella desconocida… y la suerte. Sobre todo, mucha suerte».

Quizá había acertado, cuanto menos, en eso. Sí. Debía felicitarme, esta vez, por mi buena suerte. A ella le debía, exclusivamente, continuar vivo. La Sacerdotisa Belia había acertado en su profecía. Resultaba confortante para mí.

Abandoné el parque de atracciones por mi propio pie. Alcancé Manhattan en el *ferry*, y me encarame a mi domicilio, en la Calle Veintitrés de Madison Park.

Sólo entonces, cuando el tasi me conducía a mi casa, advertí que me seguían.

CAPÍTULO II

Era un automóvil verde oscuro. Un «Chevrolet» modelo del año anterior.

Recordé haberlo visto aparcado frente a la estación del *ferry* de Coney Island. Eso quería decir que había arrancado justo cuando yo llegué a tierra.

Y me seguía desde que salimos del muelle hacia el interior de Manhattan. No podía saber si su conductor estaba esperando al volante, o había viajado detrás de mí en el mismo *ferry*. Esta última posibilidad resultaba bastante desagradable. Porque podía tratarse de la misma persona que derribó la estatua premeditadamente. Es decir, de mi frustrado asesino.

—¿Se ha fijado en eso, amigo? Nos están siguiendo hace rato…

Ciertamente, no eran ilusiones mías. El propio taxista se había fijado en ello, y acababa de decírmelo, mirando por el retrovisor, alternativamente hacia el coche verde oscuro o hacia mí.

—Sí —admití— Creo que ésa es, exactamente, la situación.

—¿Es usted un tipo en apuros?

—Hasta hoy, creo que nunca lo había sido, excepto a fin de mes, con mi bolsillo —comenté secamente.

—Ese apuro nos afecta a todos. Pero eso de que lo sigan por todo Manhattan… —Torció el gesto—. No me gusta meterme en líos, pero me molesta que me sigan. ¿Quiere despistarlo?

—Creo que resultaría más agradable, sí —acepté—. ¿Podrá hacerlo?

—Si no sirviera para eso, devolvería mi licencia de taxista —rezongó él—. Agárrese bien. Voy a tomar las curvas de un modo un poco especial…

Me agarré. E hice muy bien. Su modo «especial» de tomar las

curvas, era digno de un corredor de Fórmula I, en Indianápolis. Empezó a jugar al escondite por los vericuetos urbanos de Manhattan, y hube de convenir en que el tipo sabía lo que se hacía con un volante en la mano. Ni siquiera tuvo que transgredir normas de tráfico. Procuró meter a nuestro seguidor en un dilema, situándole frente a semáforos cambiantes o en rojo. Por dos veces, el coche verde salvó por milésimas el obstáculo. Pero finalmente, un disco rojo le frenó a la altura de la Tercera Avenida; y cuando nos hallábamos cerca de la Veintitrés Este, comprobé con alivio que no venía tras de nosotros el coche verde oscuro.

Me dejó frente a mi casa. Le tendí un billete de diez dólares.

—Guarde el cambio —dije—. Creo que se lo ha ganado.

—Gracias, amigo —murmuró el taxista, llevándose una mano a la gorra. Sonrió ampliamente—. Da gusto hacer bien las cosas, cuando se las reconocen a uno en la forma debida. Suerte… y cuidado con los que le siguen. No acostumbran a hacerlo por deporte.

—No, supongo que no —recordé la estatua del indio en el parque de atracciones, y me estremecí.

—¿Tiene problemas con su mujer? —indagó el taxista—. Ellas acostumbran siempre a contratar a esa basura de cochinos detectives privados, para seguirle a uno…

—No —rechacé—. No soy casado. Y una vez yo también fui uno de esos «cochinos detectives privados»…

—Oh, lo siento…

—No se preocupe —reí—. Yo pensaba igual que usted. Un día, me llamaron para un programa de televisión, y me convencieron de que era fotogénico y capaz de hacer algo mejor que llevar una oscura y sucia oficina de investigador privado. Lo cierto es que traté de ser actor y fracasé. Pero descubrí que era un buen animador, que sabía hacer chistes, divertir a la gente y hasta cantar y bailar un poco. A eso me dedico ahora. Si quiere comprobar si hice bien en dedicarme a eso, o debo volver a ser una basura de detective, puede pasarse un día por el Galaxy Club, en Broadway Allí actúo, amigo.

—Iré, palabra —prometió—. Un día que tenga libre, iré a verle. Buenas noches, amigo.

Se alejó y le despedí con un movimiento del brazo. Era un simpático tipo, aquel taxista. No tengo nada contra los taxistas de

Nueva York, pero no todos eran así. Evidentemente, seguía teniendo suerte. La pitonisa había dado en el clavo, no sé si por casualidad o por auténtico espíritu vidente.

Subí a mi apartamento. Y un momento más tarde empezaba a dudar muy seriamente de que fuese yo el hombre tan afortunado como creía poco antes…

* * *

Era como si hubiera pasado por allí un huracán procedente del Caribe.

Me quedé de una pieza, todavía con la llave en mi mano, contemplando, estupefacto, el panorama desolador de mi pequeño y confortable apartamento de hombre solitario.

No es que sea yo un dechado de pulcritud en mis cosas. Acostumbro a dejar bastantes prendas de vestir dispersas por los muebles, la vajilla del desayuno sin fregar, en la pila de la cocina, y los periódicos y revistas con profusión de chicas lo menos vestidas posible, por todas partes, alfombrando los suelos.

Pero esto era diferente. Por descuidado que sea un tipo con sus cosas, nunca llega a tales extremos. Aquello era un completo caos.

Ropas tiradas por doquier, cajones volcados y vaciados libros, revistas, carpetas, botellas, maletas, bolsas Todo disperso, desordenado… Mi cama deshecha la almohada reventada, dejando escapar la espuma de su colchón flexible desgarrado y desventrado el frigorífico abierto, la leche volcada en el suelo, los cubos de hielo dispersos, ya derretidos, y hasta los armarios de cocina revueltos, vaciados de botellas, latas, sobres de sopas, alimentos deshidratados y cuanto un hombre solterón y solitario necesita como mínima despensa para un apuro alimenticio.

Pasé al cuarto de baño. Todo por los suelos: la máquina de afeitar eléctrica, sacada de su estuche, éste abierto brutalmente, el vaso donde depositaba el cepillo de dientes hecho añicos sobre el lavabo la pasta dentífrica vaciada sobre las baldosas, como si hubieran pisoteado rabiosamente el tubo, hasta vaciarlo, y los frascos de masaje, loción y agua de colonia, rotos en la taza de la ducha, mezclando extrañamente sus aromas en el aire.

Maldije entre dientes al autor o autores del destrozo. Era incalificable aquello. No tenía sentido alguno. Los vándalos que

arrasaron mi vivienda parecían haberse ensañado en todo lo que hallaron a su paso, sin la menor conciencia ni miramiento.

Regresé al *living*. De allí pasé a mi dormitorio, para comprobar el alcance de los destrozos, antes de telefonear a la policía, informando de lo sucedido. Mire, a través de la ventana, la luz de la ventana de enfrente, a través del patio interior. Era el apartamento de mis vecinos, los Duquesne. Franceses emigrados a los Estados Unidos hacía unos años, según creía. Un tipo hosco y poco amable, el marido. Una rubia bien torneada y bastante frívola, su mujer. Acostumbraba a llevar unos descotes dignos del Directorio, quizá como un secreto homenaje a su admirado Bonaparte… Pero había que reconocer que *madame* Duquesne merecía llevar tales descotes. Valía la pena ver lo que mostraban.

Miré la cómoda vaciada, con los cajones por el suelo y mi ropa interior dispersa. Vi al pie del armario empotrado mis trajes, camisas, zapatos y corbatas en confuso montón, las puertas del armario a medio cerrar solamente. Faltaban algunos trajes, creo que dos o tres.

Abrí el armario para comprobar si estaban allí todavía o se lo habían llevado.

Estaban. Colgados de sus perchas, aunque revueltos, sin duda registrados a tope, y hasta con las hombreras desgarradas y destrozadas, hechas una lástima mis mejores chaquetas.

Pero eso me importó un cuerno cuando lo advertí. Al diablo con los trajes y con todo lo demás. Creo que ni siquiera les dirigí una ojeada, tras la visión completa del interior del armario.

Lo peor era lo otro.

Y «lo otro» era el cadáver.

El cadáver de la mujer asesinada, dentro de mi armario.

Era ella. La rubia, hermosa y bien dotada *madame* Duquesne. Habían colgado su cuerpo por una cortaba, al soporte de hierro de donde se colgaban las ropas. Pero no murió por estrangulación, ciertamente.

Por su pecho asomaba la empuñadura de una navaja automática, algo a la izquierda, sobre el seno zurdo. Sobre el corazón…

Sonó el tintineo musical del llamador de mi puerta.

Alguien llamaba. Se me heló la sangre en las venas.

* * *

Repitieron el campanilleo melódico del timbre de llamada No había duda Llamaban. Y tenían prisa, además.

Estudié un instante más aquel hermoso cadáver rubio, colgado de mi armario, entre mis trajes. *Madame* Duquesne llevaba puestas muy pocas cosas sobre su admirable anatomía: un *slip* muy breve, color azul pálido, y una blusa abierta, sin abotonar, color marrón. Eso era todo. La sangre formaba reguero entre sus senos, hasta caer al suelo del armario, salpicando su estómago, su *slip* y sus piernas. Tenía los ojos enormemente abiertos, muy azules y muy vidriosos.

Por tercera vez escuché el maldito tintineo en la puerta. Cerré de golpe, con un suspiro, y avancé rápidamente hacia el recibidor, preguntándome qué diablos iba a decir ahora, y quién sería la inoportuna visita que tantas prisas mostraba porque le abriese la puerta.

Todo esto, a las once de la noche y en mi apartamento, resultaba tan absurdo como imaginado por un guionista calenturiento, para un programa de televisión en Mistery Movie.

Sólo que éste no era un set de televisión, ni lo sucedido formaba parte de un telefilme popular. Por el contrario: yo mismo era el protagonista…, y todo aquello me estaba sucediendo a mí. Aunque no tuviera el menor sentido, ni pudiera comprender por qué sucedía.

Pero no era el momento de pararse a tratar de hacer deducciones o analizar la situación en que me encontraba. Aquel maldito llamador de la entrada, con su musical tintineo eléctrico, no tenía en estos momentos nada de tranquilizador ni amable, aunque se supone que ese sonido ha sustituido a los anteriores de tales chismes, con el objeto de no sobresaltar los nervios del ocupante de la casa.

Abrí la puerta, tras cerrar cuidadosamente tras de mí todas las demás. De ese modo confiaba en que mi visitante inoportuno no llegase a ver el estado en que se encontraba el piso. Y mucho menos aún, la presencia de un hermoso cadáver en mi armario ropero.

Abrí la puerta.

Mi sangre, si es que no estaba ya totalmente helada anteriormente, ahora tuvo ocasión de congelarse totalmente en mis venas. Temí que produjera ruido en ellas, como cubitos cristalinos

de hemoglobina.

—Buenas noches… —saludé, con una voz que ni mi madre hubiera reconocido.

Por fortuna, él no se dio cuenta. Me conocía muy poco. Nuestro trato había sido siempre muy superficial, de simple cortesía. A pesar de eso, creí advertir que su voz temblaba al responderme. No sé si de miedo, de ira o de exasperación.

—Bon soir, *monsieur* —dijo. Y añadió, como disculpándose—: Perdone, señor. Buenas noches. Necesito entrar un momento. Es muy urgente. Muy grave, señor. No intente evitarlo, se lo ruego.

Y por si había alguna duda sobre esto último, vi sacar de su bolsillo, con mano trémula, un persuasivo objeto de metal oscuro, llamado pistola. Además, iba provista de un cilindro raro al final del cañón. A eso se le llama silenciador.

Desde luego, mi visitante era el propio *monsieur* Duquesne, el marido de la rubia que estaba muerta en mi apartamento, colgada del perchero de mi armario.

* * *

Mis dudas y vacilaciones duraron lo que un relámpago. No podía ser por menos. Mi vecino francés parecía capaz de apretar el gatillo de aquel juguete. Y si yo le dejaba entrar, como requería con tan escasa corrección, terminaría por ver el destrozo del apartamento… y también el cadáver de su mujer.

Eso, suponiendo que no fuese él mismo el autor de tal caos… y del propio asesinato. Fue una idea repentina y desagradable, que traté de dejar a un lado.

—Señor Duquesne, imagino que todo esto formará parte de alguna broma, ¿no es cierto? —Y llegué a sonreír con la mayor sangre fría, como si aquello tuviera algo de divertido—. Y también supongo que en su país, ésta debe ser una fiesta especial, y están conmemorándola a su modo, ¿verdad?

—No diga estupideces, *monsieur* Shannon —me probó que conocía perfectamente mi nombre, y de paso, que no bromeaba lo más mínimo, cosa que yo sospechaba ya de antemano—. Esto no es ninguna broma ni existe fiesta de ninguna clase. Será mejor que haga lo que le he pedido. Estoy dispuesto a todo. Y esta arma no es ningún juego divertido, sino algo capaz de matar. Capaz, desde

luego, de matarle a usted en este momento. Y también a mi esposa, si está dentro de su apartamento, como sospecho.

Sentí que se me erizaban los cabellos en la nuca. Un hormigueo helado recorrió mi espina dorsal una y otra vez, mientras contemplaba a mi visitante, procurando que ninguna emoción alterase mi rostro.

Aquello se ponía más feo por momentos. Su esposa. De modo que era eso: celos. Celos violentos, sin duda. Celos capaces de matar. Creía que ella estaba en mi apartamento. Lo malo es que tenía toda la razón en creerlo. Pero las cosas no eran como él sospechaba, aunque recordando a *madame* Duquesne en vida, no me resultaba nada difícil imaginar celoso a su marido, ya que le gustaba coquetear con todo el mundo. Y quizá algo más que coquetear, si había de hacer caso a los rumores de algunos otros vecinos.

Lo último que podía hacer era dejarle entrar en mi apartamento en esos instantes. Pero no resultaba fácil llevar a cabo tal empresa, con un hombre como Duquesne y un arma como la que esgrimía.

—¿Su esposa? —Traté de contemporizar, mostrando, eso sí, un asombro infinito en mi rostro—. Cielos, pero ¿que dice usted? ¿En mi apartamento? Precisamente ahora iba a salir yo, tras recoger unos documentos profesionales que vine a buscar… justo cuando usted llamó a la puerta.

Y mi rápida idea se apoyó con bastante oportunidad, en el hecho de que un portafolios mío estuviera encima de un mueble del recibidor, eso sí, abierta su cremallera y dispersas por todas partes las partituras musicales que contenía, y que yo, presuroso reuní, metiendo de cualquier modo en el portafolios, ante su mirada penetrante y desconfiada.

—De todos modos, tendremos que entrar —silabeó—. Debo comprobar que mi esposa no está en su casa, *monsieur* Shannon. Tengo motivos para suponer que ella está ahí dentro… y que usted no quiere autorizarme a entrar por propia voluntad.

Aquello se ponía francamente difícil. Recordé, angustiado, aquella buena suerte a que hiciera alusión la pitonisa del parque de atracciones. Maldita sea, si aquélla era mi fortuna pronosticada por la vidente.

—Ciertamente, señor Duquesne, quisiera pensar que todo esto es

una broma, o que usted ha bebido esta noche algo de más —repliqué, adoptando un aire casi agresivo—. Porque aparte de molestarme, me está injuriando con sus sospechas, de un modo muy grave. Si no se retira inmediatamente, estoy dispuesto a…

En realidad, no estaba dispuesto a hacer nada. Si se ponía terco, tendría que ceder, con todas sus consecuencias. No sé lo que hubiera ocurrido en esos momentos, de no abrirse entonces la puerta del ascensor, providencialmente, y aparecer en ella hasta cuatro personas: dos parejas de vecinos, marido y mujer, hermano y hermana, que volvían sin duda de algún espectáculo de horario normal, comentando y riendo de buena gana entre sí.

Se detuvieron en el corredor, mirando hacia nosotros. Rápido, Duquesne guardó la pistola en su bolsillo y yo aproveché para, rápidamente, cerrar mi apartamento de golpe, salir al corredor, eludiendo el contacto con el sorprendido Duquesne, y avanzar hacia el ascensor, hablando volublemente en voz alta:

—No, por favor, no cierren. Ya bajaba yo, gracias. Dentro de veinte minutos comienza mi actuación en el *night club*… Bien, señor Duquesne, ya nos veremos mañana, y podremos hablar con más calma de su asunto, como buenos vecinos. Créame, ahora me sería imposible, y corro el peligro de perder mi empleo, si llego tarde…

Duquesne se quedó lo bastante aturdido como para no reaccionar a tiempo. Tampoco podía recurrir a sus amenazas, porque los cuatro vecinos, sonrientes, me saludaban, lo hacían luego con él, y se detenían a charlar en el corredor, delante de dos de las puertas inmediatas, antes de entrar en sus respectivos apartamentos.

—¡Espere, Shannon! —Oí la voz del francés, reaccionando un poco tarde, cuando ya las puertas del ascensor se cerraban, y éste partía hacia abajo.

Temí que descendiera tras de mí por las escaleras, pero recordé que abajo se quedaba de servicio el conserje de noche, al cuidado de la centralilla telefónica del edificio, y eso impediría que Duquesne tratara de repetir conmigo el uso de la violencia, al menos, de momento.

Salí a la calle, rápidamente. No vi a Duquesne. Corrí hacia el cercano aparcamiento, donde tenía mi coche, con la mente hecha un mar de dudas y confusiones. Habitualmente no uso mi propio

automóvil por el centro de Manhattan a ciertas horas, y prefiero recurrir a un taxi, para evitarme problemas de aparcamiento, pero ahora era diferente. No podía arriesgarme a esperar en la calle, bastante solitaria ya, a que Duquesne saliera en pos de mí, y volviese a amenazarme con su arma, obligándome a regresar a mi apartamento. Lo cierto es que aún faltaba más de una hora para mi intervención en el espectáculo del Galaxy Club, pero todo aquello me había ido muy bien para librarme del peligroso individuo.

Cuando el coche salió del aparcamiento y enfilé con él rápidamente las amplias avenidas libres de tránsito, vi aparecer en la puerta de la casa a Duquesne. Estuve seguro de que me seguía, cuando le vi llamar nerviosamente a un taxi…

Ahora era yo, personalmente, quien debía librarse de una curiosa persecución. Y aunque no fuese tan experto como el taxista que me llevara a casa desde el muelle de los *ferrys* de Coney Island, supe hacerlo en pocos minutos, burlándole totalmente a él y a su taxista.

Después de eso, hice lo último que el propio Duquesne imaginaría sin duda: regresar a casa…

CAPÍTULO III

Duquesne no había vuelto. Me lo confirmó el conserje de noche. Le pedí que, caso de hacerle preguntas, si regresaba, negase haberme visto volver. Un billete de cinco dólares le ayudaría, sin duda, a recordar el encargo…

Una vez en el apartamento de nuevo, contemplé el destrozo terrible, los objetos volcados o rotos, los desgarros y mutilaciones de cuantas cosas cayeran en manos de los desconocidos vándalos, Me froté el mentón, dando unos pasos entre los residuos del que había sido un apartamento descuidado, pero no caótico, revuelto pero no pulverizado.

Eran muchas las cosas que me estaban sucediendo en una sola noche, y en el espacio de tan escasas horas: una estatua derrumbada intencionadamente sobre mí, con el deliberado propósito de matarme… Un coche verde oscuro persiguiéndome… Una vivienda allanada brutalmente, muebles y enseres revueltos y dañados… Un cadáver en el armario… Y, finalmente, un extranjero amenazándome con una pistola, exigiendo entrar en mi casa, acusándome de recibir en ella a su mujer, con fines acaso deshonestos…

Demasiado. Y todo demasiado oscuro y sin sentido. No tenía la menor idea de dónde podía conducir todo eso. Alguien la había tomado conmigo, sin aparente razón lógica. Era una historia de locos.

Sentía cierto terror a aproximarme al armario empotrado y contemplar de nuevo a *madame* Duquesne, colgando de mi perchero, con la corbata al cuello como una soga de ahorcado, y con la hoja de acero de una navaja automática, hincada entre sus bien formados senos. Pero no tenía otro remedio que afrontar

aquella maldita visión macabra. Entre otras cosas, porque era absolutamente necesario librarme de aquel cadáver. No tenía modo alguno de justificar ante la policía la presencia de la muerta en mi casa. Tampoco el testimonio posterior de su marido me ayudaría demasiado, aunque fuese él mismo quien hubiera matado a su mujer, pensando luego cargarme a mí con el mochuelo.

Cierto que era muy peligroso, pero… tenía que hacerlo. Y lo haría.

El cadáver de la rubia francesita debía salir de allí. Ir a cualquier parte. Trasladar un cadáver no es nada sencillo. Ni me lo parecía, Pero lo peor que podía hacer era dejar las cosas tal como estaban.

Me decidí. Cuanto antes lo hiciera, tanto mejor. No podía perder tiempo. Duquesne volvería en cualquier momento. Y yo no tenía arma alguna para defenderme de él. Hacía ya demasiado tiempo que fuera detective privado, con licencia para usar armas. Tanto tiempo, que ya lo había olvidado por completo. Y podía recordar muy bien que, en el poco tiempo que fui investigador privado, ni una sola vez necesité esgrimir un arma de fuego.

Volví a mi dormitorio. Procuré cerrar herméticamente la ventana, antes de dar la luz y encaminarme al armario. No me convenía lo más mínimo que Duquesne viera luces en mi apartamento, desde sus propias ventanas.

Decidido a todo, con tal de deshacerme del cadáver de la rubia dama, abrí de nuevo el armario. Me llevaría de allí su cuerpo a alguna parte, en la noche, jugándome el todo por el todo.

Me paré en seco. Contemplé el perchero, los trajes desgarrados, colgando de la percha…

Era todo lo que contenía. Ni rastro de cadáver alguno.

Madame Duquesne no estaba ya allí. Su cuerpo había desaparecido tan inexplicablemente como apareciera.

* * *

El humo subió lentamente hacia el techo. Dibujó arabescos azules, a contraluz de la lámpara del gabinete. Retrepado en la butaca, continué fumando en la penumbra, sumido en mis reflexiones. Que, ciertamente, no eran nada optimistas, a pesar de la ausencia del molesto cadáver de *madame* Duquesne.

Era como un juego macabro. El juego del gato y el ratón. Lo

malo era sentirse ratón. Y eso era lo que experimentaba yo. Alguien estaba jugando conmigo despiadadamente. El juego empezaba a ser delirante. ¿Quién podía entrar y salir de mi apartamento con la mayor impunidad, sin ser visto por nadie, destrozando mobiliario y enseres, dejando un cadáver, llevándoselo después…?

Y, sobre todo, ¿por qué sucedía todo esto?

Seguía sin tener el menor sentido, se mirase como se mirase. A un hombre que, como yo, llevaba ya años en el mundo del espectáculo, presentando un *show* y tocando unos, cuantos instrumentos, bailando y cantando cuando se terciaba para divertir al público de un *night club* como cualquier otro, no había razón aparente para que le sucedieran ciertas cosas.

Pero estaban sucediendo. Y de eso no cabía la menor duda.

Apuré el cigarrillo. Lo aplasté en el cenicero, y lancé un profundo suspiro de abatimiento. Estaba desorientado. Aturdido. Incluso me dolía la cabeza. Miré en dos o tres ocasiones, a través de una rendija en la ventana, tras apagar la única luz, el apartamento de mis vecinos franceses.

No había luz en su vivienda. *Monsieur* Duquesne no había vuelto aún, al parecer. En cuanto a su bonita esposa…, ¿qué había sido de ella? ¿Dónde estaba ahora su cadáver?

Ganaba muy poco, por no decir nada, dándole vueltas a un asunto que me era imposible entender. De modo que resolví dejarlo. Consulté mi reloj, poniéndome en pie lentamente. Era tarde ya. Medianoche casi. La hora de dirigirme al Galaxy para actuar en el *show* de madrugada, como cada día.

En ese momento sonó el teléfono.

* * *

Sonó una vez. Dos. Tres… Así, hasta ocho.

Las conté todas. Ocho llamadas del teléfono. Creo que hubiera llegado a sonar hasta cien veces, si no lo descuelgo entonces.

Había decidido no responder a la llamada. Como si no hubiera nadie en casa. No sé por qué se me ocurrió la absurda idea de que el comunicante sabía que yo estaba dentro y no quería responder. Era una suposición ridícula, pero empezaba a habituarme a todo, incluso a lo que no tenía sentido.

Levanté bruscamente el teléfono. Pregunté con voz abrupta:

—¿Sí? Shannon al habla.

Hubo un corto silencio. La voz me llegó en un susurro.

Parecía tener alguna dificultad en respirar. Se notaba un sonido sibilante en el auricular:

—¿Shannon? ¿Dave Shannon?

—Sí, el mismo —asentí, brusco—. ¿Quién llama? ¿De qué se trata ahora?

—Usted debería saberlo, señor Shannon —la voz emitió una breve risita—. Debería saberlo muy bien…

—¿Qué es lo que tengo que saber? —pregunté, agresivo.

—Vamos, vamos, no se haga el ingenuo. No engaña a nadie. Se puede escapar una vez a la muerte. Dos veces, resulta más difícil. Tres… imposible. Piénselo, Shannon. Piénselo bien. Pero por si sigue haciendo el tonto… no nos gustaría que muriese sin un réquiem en memoria suya… Adiós, Shannon. ¿O prefiere que sea «hasta pronto»?

No colgaron. La voz cesó de hablar, pero inmediatamente, por el auricular me llegó una musiquilla peculiar, distante y melancólica. Tenía un aire triste, cadencioso, evocador y lejano, como un tema de otros tiempos. Y quizá lo era. Me resultó vagamente familiar. Pero de momento, no supe por qué.

La voz me volvió a los oídos, mezclada con la música tristona:

—Es para usted, Shannon. Ahora, si muere, ya habrá tenido un tema fúnebre para su funeral. ¿Le ha gustado su réquiem?

La risita se repitió, sobre el fondo de aquella especie de «minuetto» o, quizá, «pavana». Mis conocimientos musicales son superficiales, no lo bastante profundos para conocer o identificar algo clásico en el acto. Pero seguía pensando que aquella música me era familiar.

—No me asustan con todo esto —dije, levantando airadamente la voz por el teléfono—. No sé quiénes son ni lo que se traen entre manos. No entiendo nada de nada, pero ni siquiera un atentado contra mi vida o la presencia de una mujer muerta en mi alcoba me va a romper los nervios, si es eso lo que buscan, aún no sé por qué…

—Lo sabe muy bien, Shannon —la voz siguió llegando a mí sobre aquel fondo musical—. Es inútil cuanto diga. Dave Shannon es nuestro hombre. Sobre eso, no existe la menor duda. Usted es

Dave Shannon. Sólo tiene dos caminos: ceder… o morir.

—Pero… ¿ceder en qué, malditos sean todos ustedes? —rugí—. ¡No entiendo nada de cuanto está sucediendo!

—Allá usted con su actitud, amigo —sonó la voz de mi misterioso comunicante—. Es la última vez que le avisamos. Piense que puede terminar en cualquier momento, como ha terminado esa dama a quien usted se refiere… y para quien, tal vez, vaya mejor que para nadie esta música que le dedicamos…

Escuché unas notas más. Luego, bruscamente, hubo un seco «clic». Se cortó la comunicación. Miré el teléfono, pensativo.

Extrañas palabras. Extraña música. Una amenaza latente y cierta. Amenaza de muerte contra mí. Y un tema musical para ilustrarlo todo…

Una pieza romántica. Una «pavana», sin duda. Empecé a recordar. Arrugué el ceño. Sí, ya lo recordaba. Un tema triste: Pavana por una infanta difunta.

Una infanta difunta… ¿La señora Duquesne, tal vez?

Réquiem por una bella mujer. Quizá también un réquiem para mí, como dijo mi amenazador comunicante.

Tuve una idea repentina. Fui a mi mueble librería. Hasta los volúmenes aparecían derribados, dispersos, abiertas sus hojas, estropeada la encuadernación de algunos de ellos. Tomé una Enciclopedia de la Música. Busqué un nombre.

Allí estaba. Coincidía totalmente con mi súbito recuerdo: Ravel.

Ravel, autor de Pavana por una infanta difunta. Eso, en sí mismo, no tenía mucha significación. Pero había algo que sí podía significar bastante; Ravel era francés. Como los Duquesne. Como la «infanta» difunta de mi armario ropero, para la que alguien dedicara una triste «pavana»…

¿Significaba algo todo eso? ¿O empezaba a dejarme llevar por mi imaginación, tras la serie de acontecimientos que, últimamente, estaban marcando mi vida de modo extraño?

Hasta entonces, llegué a pensar en un error, incluso. Pero ahora…

Ahora, no estaba tan seguro. Ellos hablaban de un Dave Shannon. Y Dave Shannon era yo. Parecían seguros de lo que querían. Y de que ello, fuese lo que fuese, yo lo tenía en mi poder. Era algo. Algo material, sin duda. No muy grande. Capaz de ser

guardado en cualquier parte. Lo demostraba el brutal registro destructor, en mi apartamento.

La verdad es que no tenía absolutamente nada que pudiera valer algo para alguien, Al menos, nada que yo supiera. Me pregunté si padecería de amnesia, sin saberlo.

Tras unos momentos de duda, me encaminé a la salida. Abrí la puerta. Escudriñé minuciosamente el corredor, desierto. Avancé hasta el ascensor. Lo llamé. Miraba en torno mío, temiendo ver aparecer en cualquier momento al señor Duquesne, pero él no apareció.

Tampoco en el ascensor, ni en la planta baja. Me despedí del conserje de noche. Salí a la calle. De nuevo en mi automóvil, aparcado ahora en otro lugar, para no dejar indicios a Duquesne, me encaminé al Galaxy Club, en la Calle Cuarenta y Tres, junto a Broadway.

Todo parecía ser nuevamente normal. Como cada noche. Volvería a la pista de actuaciones, hablaría ante el micrófono, contando mis chistes habituales, presenta, ría a las atracciones, nuevas o viejas, cantaría algo después, tocaría el saxo o la armónica, y haría alguna parodia con la «estrella» de turno, de la que, cuando menos, esta noche recordé que era nueva. Teníamos presentación en el Galaxy. Pero no era la primera vez ni sería la última. El programa cambiaba frecuentemente. Eso formaba, también, parte de la rutina de mi trabajo.

Pensaba en todo eso, mientras conducía Manhattan arriba, como cada noche. Olvidando casi lo sucedido, antes, desde mi visita a Coney Island.

Todavía ignoraba que iba a enfrentarme por segunda vez con la muerte.

* * *

La muerte me esperaba ya.

En los alrededores del club nocturno. Agazapada entre automóviles aparcados, edificios de rutilantes luces y guiños de luminosos parpadeantes, de los más diversos colores. Nadie podía imaginarla allí, oscura y siniestra, aguardando su presa.

Creo que, cuando supe de su presencia, ya era tarde. Y si salvé la vida, por segunda vez en el período de muy pocas horas, fue

debido, sin duda, a aquella buena suerte que me pronosticara una pitonisa de feria, justo momentos antes de iniciarse mi actual pesadilla.

Acababa de dejar mi automóvil en el *parking* habitual. Me encaminé a la puerta del club, bañada en luces rojas y verdes, intermitentes, que destellaban desde la fachada del local.

Crucé la calzada confiadamente. Ni un solo vehículo circulaba en ese momento en uno u otro sentido, y eso es lo que me confió para avanzar con mi larga zancada, sin más precauciones. Ahí estuvo mi terrible error.

De repente, los sonidos coincidieron en mis oídos con dramática intensidad. Sonidos diversos y coincidentes en el tiempo. Uno, era un ruido estruendoso y mortífero. El otro, un sonido de aviso y de alerta.

Ruido de motores rabiosos. Estridencia de una voz humana gritando agudamente, en una nota vibrante de llamada:

—¡Usted! ¡Cuidado…! ¡Van a matarle!

Ésa fue la voz. El aviso, la llamada de alerta. Llegó mezclada confusamente con el estruendo terrible, con el bramido inesperado y mortal que me venía encima.

Nunca pude imaginar que una camioneta cercana, aparcada ahí, con distintivos comerciales en su carrocería, vomitara la muerte de tal modo. Sorprendido, petrificado por el horror y la incertidumbre, me quede en el asfalto un instante, acaso sólo una décima escasa de segundo.

Las motocicletas eran dos poderosas máquinas «Norton» de carenado especial, lanzadas como bólidos sobre mí, con dos conductores irreconocibles por sus cascos metálicos, sus gafas de motorismo y sus atavíos de cuero, que les hacía auténticos hell angels[1]. Y como tales se precipitaron sobre mí, para arrollarme y aplastarme sobre el asfalto.

No sé si fue el grito, enervándome, produciendo un impacto en mis nervios, el que me hizo reaccionar justo a tiempo, cuando ya tenía sobre mí la amenaza arrolladora de aquellas máquinas lanzadas a tumba abierta.

Lo cierto es que salté. Y muy a tiempo. Salté, no sé todavía cómo, eludiendo a los monstruos rodantes. Su rugido era ensordecedor, el repentino fulgor de sus faros, proyectados sobre

mí, me cegaba y envolvía en un auténtico baño de luz deslumbrante. Ni estuve seguro siquiera de que pudiese eludir sus ruedas sibilantes, adheridas como ventosas de muerte al asfalto. Ruedas que hubiesen incrustado sus gomas en mi carne, triturando mis huesos con su poderoso impulso, de haberme alcanzado.

Sentí un fuerte golpe en mi cuerpo, cuando uno de los vehículos me tocó de refilón, durante mi zambullida increíble, que yo mismo no sé cómo pude llegar a realizar con éxito, cayendo en la acera, dando tumbos, sintiendo dolor en mis huesos a cada voltereta, pero con el respetable alivio que supone verse libre de una muerte cierta.

El portero del club nocturno había presenciado la escena y había tomado un silbato, llamando reiteradamente en demanda de ayuda. Era una forma de requerir la presencia de los agentes de policía de servicio más cercanos, cuando había reyertas o violencias.

Me incorporé a medias, contemplando borrosamente al hombre del silbato, así como la calle desierta, a cuyo final se veía la humareda abandonada tras de sí por las dos máquinas «Norton». Su estruendo se perdía en la noche. Tuve el temor de que pudieran volver sobre sus huellas, para atacarme de nuevo, pero no fue así. Tal vez el silbato del portero del club nocturno, les hizo desistir, temiendo ser sorprendidos por la policía.

Busqué con la mirada a alguien más. Recordaba la voz que me había avisado tan a tiempo, sacándome de mi torpe aturdimiento de aquellos momentos cruciales en mi existencia. Una voz de mujer, estaba seguro de ello…

Era una mujer.

Estaba erguida allá en la acera, mirando fijamente hacia mí todavía. Vi un rostro muy pálido, unos ojos muy abiertos. Parecía bonita, pero no pude estar seguro, a aquella distancia. También parecía tener buen tipo. Y de eso sí estuve más seguro, porque llevaba una falda bastante corta y, desde mi visual, a ras del asfalto, sus muslos eran visibles, en toda su bien formada dimensión.

—Por todos los diablos… —murmuré entre dientes, con auténtica ira—. Otra vez… ¿Qué es lo que ocurre ahora?

Nadie podía contestarme a esa pregunta. Pero eran tantas las preguntas que me hacía, y de las que no tenía la menor respuesta, que decidí no formular ninguna más. Ni a los demás, ni a mí mismo.

—¿Se encuentra bien, señor Shannon? —Era el portero, que me

había identificado sin problemas, el que se aproximaba a mí, interesándose por mi estado. Le miré asintiendo con aire aturdido.

—Sí, creo que no tengo nada roto —gruñí—. Pero me duele todo el cuerpo, Mac. Creo que ya no está uno para estos trotes…

—No diga eso, señor Shannon. Es un hombre joven y fuerte. ¡Cielos, qué agilidad la suya! Nunca creí que pudiera salvarse de esos salvajes… Esta juventud nos llevará al caos, créame. Serán la ruina del mundo, con sus locuras criminales…

—Dudo que fuesen jóvenes de los que usted supone, Mac —rechacé vivamente—. Resulta muy fácil culpar a las nuevas generaciones de todo lo malo que sucede, sin detenernos a pensar que muchas veces no es tan sencillo aplicar responsabilidades… Pero dejemos el asunto, Mac. Creo que usted no lo entendería… porque yo tampoco lo entiendo.

Dos agentes uniformados aparecieron a la carrera por una esquina, acudiendo a la llamada de emergencia de Mac Neil, el portero del club nocturno Galaxy. Se aproximaron al lugar del suceso con rápido paso. Uno de ellos empuñaba su revólver, por si era necesario utilizarlo.

Yo me preocupé más de la mujer que de ellos. A fin de cuentas, ya nada podían hacer en mi beneficio. Ni yo podía aclararles nada respecto al hecho, ya que ignoraba por completo la identidad de mis agresores, y el motivo de su ataque imprevisible a mi persona.

Pero el recuerdo de la estatua del piel roja en Coney Island, y todo lo que a ella siguiera, me asaltó inmediatamente, llenándole de ocultos temores. Recordé también, las palabras de un misterioso comunicante, sobre la música de Ravel:

«—Se puede escapar una vez a la muerte. Dos… es más difícil. Y tres… imposible».

Imposible. Tal vez sería así, si de nuevo me veía frente con el peligro mortal. Pero, de momento, había hecho lo difícil. Quizá gracias a mi ya probada buena suerte, quizá gracias a una voz femenina providencial, que me arrancó de un helado estupor.

Me aproximé a la joven. Los policías ya habían alcanzado a Mac, y hablaban con él, dirigiéndome miradas a mí, mientras tanto. De soslayo, dirigí una ojeada a la camioneta de donde surgiera la muerte en forma de motocicletas «Norton» de gran cubicaje, carenado especial… y conductores asesinos.

Dos puertas abiertas, un interior oscuro, donde acaso esperaban su momento los motoristas de la muerte… y una rampa montada con una ancha tabla, para el descenso vertiginoso de los conductores misteriosos que pudieron haber dejado las tiras de mi pellejo incrustadas en el asfalto.

—Gracias —dije, al detenerme frente a la joven. La miré largamente—. Muchas gracias. Le debo la vida.

—Oh, no diga eso —rechazó ella suavemente—. Usted salvó su propia vida. Fue un salto admirable. Nunca creí que lo consiguiera. Pensé que sucedería lo peor…

—Por fortuna, no sucedió. Pero siempre pensaré que fue usted quien lo evitó, señorita… —Miré de reojo hacia los policías, que venían ya hacia mí, mientras hablaba con ella.

—Lake —me informó ella—. Luana Lake es mi nombre…

Me sobresaltó. Porque justamente entonces, estaba yo mirando hacia el luminoso nuevo en la fachada del Galaxy, que emitía guiños rojos ante mí, en la noche de Broadway. Y ese luminoso mostraba nueve letras, exactamente, formando un nombre y un apellido de mujer:

LUANA LAKE

Debajo, en letras luminosas más pequeñas:

Esta noche, debut. ¡La gran «estrella» del musical!

—Un momento, señor Shannon —dijo uno de los policías en ese instante—. Me gustaría hacerle unas preguntas, por si podemos, aclarar algo sobre el atropello mortal que estuvo a punto de sufrir…

CAPÍTULO IV

Luana Lake tenía una bella voz. Bailaba bien además.

Creo que podía hacer tanta carrera como Barbara Streisand o Liza Minelli. Sólo que era más bonita que cualquiera de las dos, tenía menos nariz que la Streisand y más bonitas piernas que la hija de Judy Garland. Esto, por supuesto, es una simple apreciación personal. Pero era válida para mí. Siempre he tenido gusto en esas cosas.

Mientras la veía actuar, sentado cerca del pianista tras haberla presentado a nuestro público del Galaxy, me preguntaba si aquello respondía también, extrañamente a la profecía que me pareciera tan ridícula, por parte de la pitonisa de feria. Buena suerte… y una mujer desconocida que influiría en mi existencia.

Hasta ahora, ambas cosas se habían confirmado. ¿Era Luana Lake la «desconocida» de esos pronósticos verbeneros? ¿Existía realmente la posibilidad de adivinar el, porvenir de una persona o todo respondía a una simple casualidad, a una coincidencia de hechos, sin otro valor real?

Eran siempre dudas. Más y más dudas, más y más interrogantes sin respuesta. Empezaba a sentirme aturdido, desorientado. Y hasta nervioso. Y, sobre todo, preocupado. Preocupado por mi propia vida.

Estaba en peligro. Ahora lo sabía. No había error posible en eso: llamadas anónimas, amenazas, atentados asaltos a mi casa, cadáveres que aparecen y desaparecen. ¿Por qué? ¿Por qué todo eso?

La pregunta era obsesiva. Y sin respuesta alguna. Empezaba a sentirme angustiado, como adherido a una viscosa telaraña invisible, cada vez más tupida. Lo malo era ignorar dónde se

escondía la araña devoradora… y cuánto tardaría en caer sobre mí.

Los aplausos escoltaron a Luana Lake en su final de actuación. Eran calurosos y nutridos. Cuando yo salí a la pista, para servir de enlace entre su número y el siguiente, me preguntaba, obsesionado, si entre los rostros que veía difuminados, más allá de los focos de la sala, podía hallarse el de alguien con su mirada fija en mí planeando alguna nueva forma de muerte violenta para un tipo llamado Dave Shannon.

Pero mi intervención terminó sin problemas. Si el enemigo estaba allí, se mantenía prudentemente a la expectativa. Aguardando, quizá, otra ocasión más favorable. La tercera. La que no fallaba nunca, según mi comunicante anónimo. La definitiva.

El *show* terminó sin novedad. Dadas las circunstancias, ya era algo. Me enjugué el sudor en mi aposento, antes de comenzar a desmaquillarme. Cambié mi decorativo *smoking* azul y gris de la actuación, por mi indumentaria habitual. Volví a ser yo mismo, fuera de la pista escénica del Galaxy. Era tarde ya cuando me fui en dirección a la salida del escenario.

Luana Lake estaba en la puerta. Sorprendido, miré al exterior. Comprendí la razón de su espera. Estaba lloviendo torrencialmente.

—Vaya cambio —comenté, extrañado—. Llevábamos dos días nublados, pero no era de esperar esto…

—Yo sí lo esperaba —suspiró ella—. La televisión dijo esta noche que teníamos una borrasca sobre la costa atlántica. ¿Usted no escuchó el boletín del tiempo?

—Yo rara vez veo la televisión —sonreí—. Tengo un pequeño aparato japonés de TV en color, pero casi nunca lo conecto. Hay quien dice que eso salgo ganando.

—No es tan malo ver de vez en cuando un programa —comentó ella, divertida. Contempló la ruidosa cortina de agua que caía sobre Manhattan—. Me pregunto cuándo cesará el aguacero…

—Aunque no veo la televisión, sospecho que durará más de dos horas —sugerí—. ¿No tiene coche?

—No me gusta conducir. Acostumbro a ir en taxi. O andando.

—¿Andando? ¿Hay alguien todavía que sepa para lo que sirven las piernas en este mundo nuestro? —dudé.

—Yo soy uno de los pocos peatones que sobrevivirán —rió, de buena gana—. Aunque me suceda como al héroe de Bradbury…[2]

Nací en los suburbios de esta ciudad. Aprendí a caminar por sus calles, desde muy niña. Amo Nueva York. Y me encanta recorrer sus barrios por mi propio pie. Es el único modo de conocer una ciudad en su verdadero significado.

—Sí, creo que tiene razón —asentí—. Pero ser peatón, tiene sus inconvenientes, aunque no sean los de Bradbury. Por ejemplo: ¿qué se puede hacer con una noche así? ¿Pasear, pese a todo, y ponerse empapado a los diez segundos? ¿Coger una pulmonía antes de llegar a la esquina?

—Usted gana, de momento —aceptó ella—. ¿Tiene coche?

—Lo tengo —reí—. Está al otro lado de la calle. No se mueva. Vendré por usted, señorita Lake.

—Gracias. Pero puede llamarme Luana. Somos compañeros de trabajo, ¿no?

—Eso es —asentí, subiéndome el cuello de la chaqueta—. Y además, le debo la vida…

Poco más tarde, mi coche avanzaba por Broadway, bajo el aguacero torrencial. La madrugada aparecía solitaria bajo aquel diluvio. Las luces se iban extinguiendo en muchas fachadas, pero aún quedaban numerosos anuncios luminosos parpadeando más allá de la lluvia.

—Sigue pensando en lo mismo…

—¿Eh? —me sorprendí, mirándola, mientras a duras penas descubría el destello rojo de un semáforo cercano—. ¿Pensando en qué?

—En lo que ocurrió antes, frente al club. Cuando aquellos motoristas…

—Oh, eso. No, no me lo nombre. Aún siento el escalofrío de terror que me provocaron esos dos locos.

—¿Locos? —Me miró, enarcando las cejas—. ¿Usted cree, realmente, que eran unos locos?

—¿Qué otra cosa podían ser? —La miré de soslayo, tras descubrir su gesto por el rabillo del ojo—. Esa clase de tipos andan como dementes por las calles…

—Usted sabe que no eran dementes, Shannon —me cortó ella, con frialdad.

Esta vez aprovechando la parada ante el paso de peatones —por el que no cruzaba ni un alma viviente, para ser exactos—, la

contemplé con auténtico asombro, dada la firmeza de su tono al decir eso.

—¿Qué le hace pensar tal cosa? —repliqué con cierta sequedad.

—Todo —sonrió dulcemente, echó atrás su cabeza en el asiento, y las luces de Manhattan, los destellos de los faros de mi coche, formaron un todo de luminosidad fantasmal, que tornó sus cabellos rojos en una auténtica cascada de cobre hilado. Sus ojos, pardo oscuros, se clavaron en mí penetrantes y agudos—. Aquella rampa de la camioneta, su turbación al responder a las preguntas rutinarias de unos policías que creían en un simple accidente, provocado por unos irresponsables, el modo en que se lanzaron sobre usted, el hecho de que permanecieran ocultos en el vehículo, como esperando su llegada… Y luego, durante la actuación de esta noche, oí algunos comentarios en el club. Dijeron que estaba usted raro, que no actuaba como siempre que parecía estar preocupado, como receloso de la gente…

Puse en marcha el coche nuevamente. El disco se había vuelto verde para nosotros. Avanzamos casi en silencio, por un Broadway ruidoso de lluvia y vacío de gente.

—Usted gana —acepté, al fin—. Es verdad. Intentaron matarme.

—¿Por qué? —preguntó ella suavemente.

La miré de soslayo, antes de doblar una esquina. Me encogí de hombros.

—Si lo supiera… —confesé, abatido—. Lo malo es qué no tengo la menor idea. Soy solamente lo que usted ha visto hoy: un presentador y animador de programas; Llevo años haciendo lo mismo. No tengo una vida íntima complicada. No tengo esposa, ni siquiera familia. Tampoco amantes. Ni enemigos. Quizá tampoco amigos. ¿Para qué quería nadie matar a un tipo como yo?

—No puedo darle una respuesta, si usted no la tiene —sonrió ella, mirándome—. Sólo vi lo que sucedía. Grité avisándole. Es la primera vez que nos veíamos.

—Sí. La bella desconocida que entró en mi vida… —refunfuñé entre dientes.

—¿Cómo?

—No, nada. Era un simple comentario personal… Luana, canta usted muy bien.

—Gracias.

—Y baila maravillosamente.

—Gracias otra vez.

—Encantó al público. Y eso que es exigente…

—Me lo dijo el patrón, antes de presentarme. Me alegra haber tenido una buena actuación. Pero eso no tiene nada que ver con lo que hablábamos.

—No, claro que no. Usted sabe lo que significa algo así. No me gusta hablar de lo otro.

—Entiendo —se echó atrás, algo disgustada—. No quiere confiar en mí.

—No, no es eso.

—Claro que es eso. No confía en nadie. Quizá tenga razón para ello, visto lo de hoy.

—No sabe ni la décima parte de lo que pasa. Ése era el segundo intento de asesinarme en menos de siete horas.

—¿El segundo? —Se abrieron enormemente sus ojos—. Dios mío, no hablará en serio…

—Muy en serio. En ese período de tiempo me han ocurrido tantas cosas, que si se lo contara no me creería. Imaginaría que le mentí antes, y que veo demasiada televisión.

—Shannon, ¿en qué clase de líos se ha metido?

—No lo sé. De veras me gustaría tener cuando menos una idea de ello, pero no logro entenderlo. Yo no me he mezclado jamás en nada que justifique el afán de alguien por asesinarme. Y, sin embargo, eso es lo que está ocurriendo.

—Tal vez lo ignore, y haya intentado saber demasiado de los manejos sucios de la CIA… —comentó ella con sarcasmo—. Ellos acostumbran a trabajar así, cuando alguien les molesta.

—¡La CIA! —Me eché a reír—. ¡Qué atrocidad! Una vez fui detective privado, pero sólo tuve dos casos: un adulterio y un fraude entre dos socios de una pequeña empresa. Gané justamente doscientos dólares por todo ello, y fracasé en ambos casos por culpa de mis propios clientes. Me hubiera ido mejor como barrendero de las calles de Nueva York. No, no creo que mi persona moleste a ningún organismo político u oficial. No soy tan importante como para eso.

—¿Ni sabe nada de nadie? ¿Ni conoce secreto alguno que pueda influir en la vida pública de alguna personalidad?

—Nada es absoluto. Llevo tiempo metido en el negocio del *music-hall*. Y ya no hay gánsteres que controlen ese asunto. Los pocos que quedan se dedican al boxeo o las inmobiliarias. No, Luana. Por todas partes, lo mire como lo mire, hay menos motivos para matarme a mí que a la paloma de la paz.

—Pero usted reconoce que quisieron matarle dos veces.

—Sí —admití ceñudo—. Eso es lo malo…

Y seguí conduciendo el automóvil hacia el East Side, donde Luana Lake, la nueva figura artística del Galaxy, la bonita muchacha pelirroja a quien yo debía la vida, tenía su residencia.

—Es bonito pasear sobre el asfalto mojado, cuando ha dejado de llover, ¿no cree?

—Sí —asentí, respirando el aire húmedo de la madrugada, mientras mis zapatos pisaban el negro asfalto reluciente, o chapoteaban en alguno que otro charco, por las aceras del East Side. Ante nosotros iban desfilando una serie de pequeños negocios cerrados: pizzerías, cinematógrafos de barrio, restaurantes baratos, casas de empeño, tiendas de comestibles y establecimientos de fotografía o electrodomésticos, con sus escaparates apagados—. Es hermoso deambular por la noche en la ciudad. Sobre todo, en sus barrios extremos, siempre más humanos y entrañables que el centro comercial e industrial…

—Aquí nací yo —suspiró Luana—. En el East Side, Lo recuerdo como era antes. Mucho más miserable, pero también mucho más cálido y acogedor. Ahora, la gente va demasiado deprisa. No se fija en nada. Sólo en sí mismo, en su tiempo, en sus cosas. Los demás nunca cuentan.

—Es el mal de la época… Luana, ¿cómo se hizo artista de *music-hall*?

—Mi madre lo fue. Se casó con mi padre, que era comerciante de ropas. Mamá siempre añoró la escena. Mi padre nunca pudo entenderla. Yo, sí. Cuando me quedé sola, demasiado pronto, sentí más la vocación de mi madre que la de papá. Traspasé el negocio. Y seguí su carrera.

—¿Arrepentida? —pregunté, tras una larga pausa.

—No —rechazó vivamente, parándose y mirándome con sorpresa—. Nunca, Shannon. Me gusta el escenario, la vida de noche, el mundo del espectáculo… ¿A usted no…?

—Mi querida amiga, por eso estoy ahora en él. Creo que aunque me hubiera caído como cliente Howard Hughes o el propio Rotschild, hubiera terminado en una pista de *night club*, sin un dólar, pero feliz.

—Lo entiendo —asintió entusiasmada. Me miró con simpatía—. Creo que vamos a ser muy buenos amigos, y compañeros. No todo el mundo comprende a personas como nosotros, Shannon.

—¿Eso importa mucho?

—Supongo que no —rió de buena gana. Señaló una puerta, con los tradicionales escalones de piedra y los bajos con verja, propios de la ciudad de Nueva York en sus barrios extremos—. Hemos llegado. Es aquí, Shannon. Mi casa. Tercera planta, letra D. Si quiere subir y tomar algo…

—No, gracias —rechacé—. Otra noche. Es tarde ya. Hasta mañana, Luana. Ha sido un placer conocerla. Y no sólo porque salvó mi vida…

—¿Otra vez con eso? —Se molestó ella, casi airadamente—. Oh, Shannon, le voy a…

—Perdón —pedí cómicamente—. Buenas noches. Y felices sueños, triunfadora. Hará carrera en el mundo del espectáculo. Yo se lo garantizo.

—Gracias, Shannon. Es usted maravilloso. Un gran chico. Procure cuidarse mucho. Lo necesita. Presiento que lo va a necesitar… y mucho. Ojalá pudiera salvarle la vida alguna otra vez…

E inesperadamente, se encaramó sobre sus zapatos, me besó la mejilla, junto a la boca, y luego echó a correr, subiendo los escalones de su casa, y entrando en la misma. La puerta se cerró tras ella, sin producir apenas ruido.

Me toqué la mejilla, la comisura de los labios, rozados por su boca. Casi podía sentir aún el palpitante roce de su carnosa boca. Un contacto delicioso y embriagador.

Miré hacia la fachada. Una luz brilló momentos más tarde en la tercera planta de la casa. Se cerraron unos postigos. Suspiré, dando media vuelta. Eché a andar hacia el aparcamiento cercano, donde dejara mi automóvil.

Las calles estaban solitarias, absolutamente desiertas en aquella zona del East End. Pese a ello, me detuve al borde de la acera, en

un inmediato paso de peatones, esperando el cambio del semáforo, del rojo al verde, para pasar yo.

Un automóvil oscuro venía a marcha moderada, pero se detuvo justamente al llegar al semáforo. Se adentró un poco en la franja de peatones. Cuando quise darme cuenta, era tarde.

La portezuela se abrió bruscamente. Me cerró el paso, entre su hoja de metal y la inmediata boca de riego.

—Suba —ordenó una voz ásperamente, desde dentro del coche —. ¡Vamos, Shannon, suba inmediatamente!

Vi un arma automática en la mano del que me invitaba a subir. Estaba encañonando a mi estómago. Cualquier intento de evasión significaría la muerte inmediata. Resolví obedecer.

Quizá era un modo de dejarse matar, de todas formas. Pero en la duda, valía la pena elegir entre lo dudoso y lo seguro.

Subí al coche. Alguien cerró la portezuela y arrancó el vehículo. Me vi junto a dos individuos, en el asiento posterior del vehículo oscuro, que marchaba ahora a considerable velocidad.

—¿Qué significa esto? —pregunté abruptamente—. ¿El tercer intento de asesinato?

—Eso… depende de usted, Shannon —dijo el hombre de la pistola, poniendo ésta contra mi sien.

CAPÍTULO V

La ciudad tenía encanto después de llover, en la madrugada. Pero eso era antes. Desde el interior de aquel automóvil, avanzando rápidamente hacia el centro de Manhattan, ya no me pareció todo tan encantador, ni mucho menos.

El arma ya no estaba contra mi sien, pero sí muy cerca de mi cuerpo. Miré al hombre que me encañonaba. Había otro sentado a su lado, en el asiento opuesto al mío, apoyado en la otra portezuela, silencioso e inmóvil, como un extraño buda vestido al estilo occidental. Supongo que le comparé con Buda por su volumen. Era gordo y quieto, casi ascético. Se envolvía en una gabardina oscura, color azul marino.

Delante de nosotros un hombre con sombrero calado conducía, en silencio, el automóvil, como un personaje escapado de un viejo filme de Humprey Bogart, digno de la época del «cine negro» de Hollywood, ya sólo visible en filmotecas y en programas retrospectivos de televisión.

—Si esto fuese una película barata, diría que voy a terminar en el fondo del Hudson o del East River, con un buen lastre de cemento en las piernas —comenté, sarcástico.

—Ha visto demasiado cine viejo, Shannon —se quejó agriamente el hombre de la automática próxima a mi cuerpo—. No es ningún «paseo» tradicional en el hampa, si a eso se refiere. No somos gangsters.

—¿No? —dudé—. ¿Qué son, entonces?

—Personas que queremos hablar con usted, Shannon. Advertirle de que algo grave le amenaza. Y que puede concretarse en cualquier momento en su muerte, súbita, y violenta.

—Oh, no puedo creerlo —dije con sarcasmo—. Después de

verme dos veces a punto de morir, de encontrar mi apartamento destrozado, y de oír por teléfono un réquiem por mí, junto con un puñado de torvas amenazas, eso que usted dice parece un simple cuento de hadas…

—Bromee lo que quiera. El sentido del humor es un buen indicio a veces. Pero en ocasiones no hace sino ayudarle a uno a cavar su propia tumba. Los asesinos, rara vez tienen auténtico sentido del humor. Por eso le dije que de usted dependía que no hubiera un tercer intento de asesinato.

—Ya. ¿Y ustedes me dicen eso? ¿Qué esperan que les diga? No sé nada de nada, y toda esta historia me parece un completo disparate. Incluso la muerte de esa chica, la señora Duquesne, colgando su cadáver de mi ropero, para después hacerlo desaparecer, mientras yo huía de su marido…

—¿Eh? ¿Qué ha dicho? —exclamó mi secuestrador sorprendido—. ¿Un… un cadáver? ¿La esposa de Roger Duquesne, su vecino?

—Vamos, vamos —rechacé sarcástico—. No me dirá que ignoran eso. La mataron de una cuchillada, y luego la colgaron de mi armario, esperando quizá que su marido la encontrase allí y me cosiera a tiros a mí… ¿Cuál es su juego, amigos?

La voz grave del hombre de la pistola, me llegó sorprendente como un mazazo:

—Le aseguro, Shannon, que nada tenemos que ver en eso… Ni podíamos sospechar, siquiera remotamente, que Annette estuviera muerta… Vamos, cuéntenos eso con detalle, antes de entrar en otras materias, Shannon.

—¿Por qué debo hacerlo? Ustedes parecen saber muy bien lo que ocurre, pero yo no. Si van a liquidarme al final de este recorrido, pueden hacerlo igual sin que yo les regale los oídos con mis historias. De modo que dejemos de charlar como si fuéramos auténticos amigos, y vayamos a…

—Es que somos amigos, realmente, Shannon —me cortó el hombre, bajando inesperadamente su arma y guardándola en su bolsillo, ante mi sorpresa—. Permita que me presente: soy Howard Connors, agente especial del FBI… Y busco a un hombre llamado Dave Shannon.

—Pues ya lo encontró —dije con acritud, dominando mi asombro—. Yo soy Dave Shannon, bien lo sabe.

—No —negó él fríamente—. Usted no es el mismo Dave Shannon que yo busco… por la sencilla razón de que existe en alguna otra parte OTRO Dave Shannon… a quien alguien desea matar.

Eran dos buenas sorpresas.

Y lo curioso es que no resultaban mentira, al menos en apariencia. Aquel hombre tenía su credencial en regla. Agente especial Howard Connors, de la Oficina Federal de Investigación.

Por ese lado no quedaba la menor duda. Por el otro… parecía que tampoco.

Había otro Dave Shannon en alguna parte. Supe de ello momentos más tarde, mientras el tal Connors me explicaba su propia historia, y la razón de aquel aparente secuestro en el East Side neoyorquino:

—Evidentemente, alguien está cometiendo un serio error. Un error que amenaza su vida. Le han confundido con un Dave Shannon que tiene consigo algo muy valioso para determinadas personas. Permita que no le explique de qué se trata, aunque quizá tampoco lo entendería, si se lo dijera. Es secreto oficial, y vale más no desvelarlo, mientras no sea absolutamente preciso.

—Creo que el hecho de convertirse uno en carnada para alguien, aunque sea por error, le da cierto derecho moral a conocer toda la verdad —repliqué con alguna acritud.

—Es posible que tenga razón. Pero le aseguro que eso no le ayudaría en nada y, caso de ser aprehendido por alguien, el saber demasiado podría significar su muerte, aun no siendo el Shannon que ellos buscan.

—¿Aprehendido? No parecen tener interés especial en eso. Más bien en enviarme directamente a la fosa, señor Connors.

—No, no. Eso es sólo por parte de un grupo. El otro no desea su muerte. No «todavía», claro está.

—¿Un grupo? ¿El otro? ¿Quiere decir que hay dos facciones diferentes en pos de mis huellas?

—Poco más o menos —suspiró el hombre del FBI calmosamente. Descubrí el destello de sus ojos grises en la penumbra del coche, tras unas gafas de montura metálica, color de acero—. Usted ha tenido la mala fortuna de ser localizado antes por quienes desean eliminar, sin más rodeos, al hombre llamado Dave Shannon. Para

ellos, usted es Dave Shannon. Y usted debe morir. Eso es todo.

—Que ya es bastante —gruñí—. ¿Qué piensan hacer para evitarlo?

—Nosotros no podemos hacer nada, amigo mío —se lamentó mi interlocutor.

—¿Cómo? ¿Piensan permanecer cruzados de brazos, mientras dos pandillas de rufianes sin conciencia se lanzan en pos mío, por simple error? ¿Permitirán que me asesinen, al confundirme con alguien, sin intentar siquiera defenderme, advertirles de alguna forma que yo no soy su hombre?

—Mire, amigo mío —suspiró el federal—. Si nosotros hiciéramos eso, lograríamos el objetivo absolutamente contrario a nuestras intenciones. Para ellos, usted sería endiabladamente responsable de todo, y no les quedaría ya duda de que era el auténtico Dave Shannon a quien ellos buscan. Porque ambos grupos están convencidos de algo: el FBI intentará, por todos los medios proteger a Shannon, al verdadero Shannon comprometido en esto, de todo posible riesgo.

—¿Y eso es cierto?

—Absolutamente cierto, amigo mío… pero sólo en cierto modo. La verdad es que nosotros también necesitamos a Dave Shannon, nosotros le estamos buscando tan ardientemente como lo hacen ellos.

—Pero ustedes saben que yo no soy Shannon —repliqué.

—Claro. Sabemos que no es nuestro Shannon. Hemos advertido el error fácilmente, cosa que no les ocurre a ellos. Creen haber localizado a su hombre, y nada les sacará de esa convicción, a menos…

—A menos… ¿qué? —quise saber, al ver que se quedaba su frase en el aire.

—A menos que Shannon aparezca, que nosotros le encontremos antes, y se termine el equívoco, con la obtención del secreto que él conserva consigo. Eso convencerá a los dos grupos de su equivocación, y le dejarán en paz.

—¿Y por qué diablos no le buscan de una vez, dan con él, y dejan todo el asunto en claro?

—Lo estamos intentando. Pero no es fácil, Shannon. Nada fácil. Quizá necesitaríamos la ayuda de alguien para conseguirlo.

—¿El FBI necesitando ayuda? —dudé, sarcástico—. ¿De quién, si puede saberse?

Debía haber sospechado la respuesta, maldita sea. Porque no se hizo esperar:

—De usted, amigo Shannon Segundo.

* * *

Shannon Segundo. Es decir: yo.

Yo tenía que ayudar al todopoderoso FBI a encontrar a Shannon Primero. Una hermosa tarea, ciertamente, para un simple artista de *music hall*.

Cuando dije eso, Connors negó vivamente, con una sonrisa burlona en sus labios:

—No, amigo mío. No sólo eso. Usted ha sido un profesional de la investigación, aunque por poco tiempo.

—Oh, ¿se refiere a mi época de detective privado? Duró apenas unos meses…

—Pero obtuvo un título, conocía el oficio. Quizá por eso lo dejó a tiempo. Shannon, no es ningún tonto ni un inexperto. Puede buscar y encontrar al hombre que se llama como usted.

—Imagino que ustedes podrían hacerlo mejor que yo. Si tienen su nombre, tendrán otros datos suyos: su físico, sus huellas, su descripción, sus lugares habituales…

—Se equivoca —negó rotundamente con la cabeza—. No tenemos nada de eso.

—¿Por qué? —Parpadeé sorprendido—. Sabiendo el nombre…

—El nombre es lo único que conocemos de él. No pudimos averiguar otra cosa. Alguien lo pronunció antes de morir, y dijo que Dave Shannon poseía lo que muchos buscábamos, unos con mejores intenciones que otros. Luego, esa persona dejó de existir. El nombre fue conocido. Pero alguien más había escuchado la información del moribundo, y la notificó a otras personas. A su vez, ese informe fue interceptado y pasó a conocimiento de un tercer organismo. Así se planteó este siniestro juego, Shannon.

—Ya veo. Pero supongo que en Nueva York habrá algún otro Dave Shannon que no sea yo. Buscándole, habrán dado con el hombre en cuestión…

—Ahí está lo malo, amigo mío —suspiró Connors tristemente—.

En Nueva York sólo existe un Dave Shannon en la guía telefónica.

—No me diga que…

—… Que es usted. Exacto. Entre tantos millones de neoyorquinos, un único Dave Shannon. Es mala suerte para usted. Si el tipo se hubiera llamado de cualquier otro modo…

—Pero yo no soy neoyorquino —rechacé—. Nací en el Canadá y…

—Espere. Ése es otro mal aspecto de la cuestión. Nuestro Dave Shannon tampoco es estadounidense, amigo mío… sino australiano. Por tanto, ellos saben que un hombre residente en el país, pero nacido fuera de él, llamado Dave Shannon, joven y fuerte, lo bastante ágil para haberse evadido varias veces a la persecución de agentes extranjeros en varios países, es quien posee lo que buscan, y están dispuestos a encontrarlo. Eso, cuando menos, uno de los grupos. El otro, cree estar seguro de que, deshaciéndose de Shannon, evita todo problema para sus intereses. Ése es, a grandes rasgos, el juego en que está metido, le guste o no.

—¡Pero el verdadero Shannon ha de estar en alguna parte! —protesté vivamente.

—Claro. Pero ¿dónde?

Hubo un silencio. Estuve tentado de decirles unas cuantas cosas. Me callé. No era cosa de poner verde al FBI y a su gente. Después de todo, nadie tenía la culpa de que yo me llamara Dave Shannon.

Dándole vueltas al asunto, me vinieron un puñado de cosas más a la mente. Ninguna de todas ellas me beneficiaba en lo más mínimo.

—Yo estuve en algunos países del extranjero recientemente —señalé—. Fue un viaje profesional, con una compañía de variedades. Centroamérica, parte de Europa…

—Lo sabemos —asintió Connors con un suspiro—. Si, Shannon. Todo coincide en usted. De no estar bien seguros de que usted no puede ser el Dave Shannon que buscamos, sería cosa de echarle el guante ahora mismo.

—Sí, empiezo a pensar lo mismo. Si ellos han hecho pesquisas sobre mi vida, comprendo que me tomen por… por el otro.

—Las han hecho, no lo dude.

—Supongo que éste es un asunto top secret…

—Supone bien.

—Que afecta al Gobierno…

—A varios Gobiernos, para ser exactos —admitió tristemente Connors.

—El otro Shannon debe ocultarse, porque se sabe en peligro.

—Sí, es muy probable. Incluso puede estar utilizando nombre supuesto, una falsa identidad. Sólo sabemos de él que tiene su edad, aproximadamente, que es alto y bien parecido. Y que le gustan mucho las mujeres y la buena vida.

—Casi exactos —comenté con ironía—. A lo mejor también nos parecemos físicamente y todo.

—No lo sé. Posiblemente no. No es necesario, Shannon. Un espía no tiene rostro. Es un nombre, un rastro, una mente en lucha con otras mentes.

—¿Espía? ¿Shannon Primero lo es?

—Sí, claro.

—¿Al servicio de…?

—De sí mismo —suspiró el federal—. Cuando obtiene algo, juega sus bazas. Cobra del mejor postor. No tiene patria ni política ante el dinero. Ése es el hombre. Aparentemente, nadie diría que es peligroso y capaz de todo. Pero así es Dave Shannon Primero.

—¿No han pedido datos suyos a Australia, referencias sobre su persona, fotografías, datos de identificación y cosas así?

—No servirían de mucho. Se ha hecho cirugía plástica en dos ocasiones. Sus fotografías no valen de gran cosa ahora. Ni siquiera debe parecerse. En cuanto a sus huellas… está demostrado que, de alguna forma, evitó siempre estar fichado por la policía. No tiene nadie sus huellas ni nada parecido.

—Cielos… —refunfuñé—. Es como ir detrás de un fantasma…

Me miró, pensativo. Frunció el ceño y asintió luego lentamente:

—Exacto, Shannon. Un fantasma. Ésa es la palabra. Lo malo es que… ellos piensan de modo distinto. Creen tener a un Shannon de carne y hueso. Y no quieren que se les escape. Ése es su problema, amigo mío. Tiene que convencerles de que no es usted el Dave Shannon que buscan.

—Sólo se me ocurre un medio de demostrárselo: mostrarles al verdadero Dave Shannon que se dedica al espionaje.

—Perfecto. Encuéntrelo, y habrá salvado su vida.

—¡Espere, Connors! —protesté airadamente—. Se supone que

ésa es tarea suya.

—Ya le dije que sólo usted podía ayudarnos. Y ayudarse a sí mismo. Para salir de este maldito embrollo en el que, como usted mismo ha visto y me acaba de referir, nadie duda en matar, aunque sea a una hermosa dama como Annette Duquesne, tiene que encontrar a Dave Shannon como sea.

—Cielos, si ni siquiera tengo por dónde empezar… —me quejé amargamente.

Connors me clavó los ojos agudos, como si fueran dos dardos. Súbitamente, me di cuenta de que había dicho una tontería. Y el federal se apresuraba a cogerla por los pelos.

—¿Y… si tuviera por «dónde» empezar, Shannon? —preguntó rápido.

Vacilé. Hubiera querido enviarle al diablo, pero no tenía mucho sentido práctico hacerlo, ni creo que le hubiera importado excesivamente. Apreté los labios. Luego, solté una evasiva malhumorada:

—Bueno, no sé… No puedo prometer nada. Pero podría intentarse, cuando menos…

—Perfecto —su sonrisa malévola me convenció de que eso era, justamente, lo que había estado esperando de mí, agazapado al acecho, Y yo, como un tonto, había caído en el cepo—. Tiene por dónde empezar, Shannon. Un dato. Uno solo. Puede conducir al hombre que buscamos, o no llevar a ninguna parte. Comporta un riesgo. Quizá un gravísimo riesgo. Pero no mayor que el verse bajo una pesada estatua o arrollado por unos motoristas asesinos.

—Adelante de una maldita vez, Connors. ¿De qué se trata?

—De una mujer.

—¿Una mujer? —Le miré, pensativo.

—Eso es. Recuerde: al otro Shannon le gustan mucho. Son su debilidad.

—Y la mía.

—Pues demuéstrelo. Pero maneje el asunto con cautela. Hay una mujer en esta ciudad que conoce de algo a Dave Shannon. Una mujer hermosa, por añadidura.

—Ésas aún son más mi debilidad —dije, sarcástico.

—Pues utilice el cerebro en esta ocasión, o no saldrá vivo del juego. La mujer en cuestión se llama Vera Starrett. Trabaja como

modelo en una gran empresa publicitaria de esta ciudad. Es una cotizada cover-girl Puede verla en calendarios

pin-up

, en grandes carteles de anuncios y en páginas en color en las publicaciones, así como en *spots* de televisión.

—Vera Starrett… No lo olvidaré. ¿Y cuál es su relación con Shannon Primero?

—Ignoramos su naturaleza. Pero tuvimos un informe confidencial sobre ella recientemente. Había tenido contacto con Dave Shannon. No supimos más. Nuestro informante apareció muerto en las proximidades del lugar donde debía reunirse con un agente nuestro para darle más datos. Le habían degollado con una navaja automática.

—Una navaja automática… —Me estremecí. Algo vino a mi mente—. Cielos, esa clase de arma fue la que…

—Sí. La que mató a Annette Duquesne. Ya lo recuerdo.

—Por cierto —le miré con repentina y viva curiosidad—. Usted mencionó a Duquesne y a su mujer… por sus nombres de pila. Roger y Annette… Yo, ni siquiera los conocía. ¿Cómo logró saberlo, Connors?

—Muy sencillo —rió entre dientes el agente del FBI—. Los Duquesne tenían orden de encontrar a Dave Shannon… y asesinarle.

CAPÍTULO VI

Aquella noche tomé alojamiento en un hotel de las cercanías de Central Park, bajo nombre supuesto. Y lo curioso es que logré conciliar el sueño hasta pasado el mediodía.

Era un consejo de Connors, relacionado con mi seguridad personal, Regresar a mi apartamento habitual parecía bastante arriesgado, dadas las circunstancias. A estas horas, una legión de personas, caritativamente interesadas en secuestrarme o hacerme pedazos, andarían buscándome por la ciudad.

Esperaba pasar unas horas de insomnio en el lecho, mientras amanecía sobre la ciudad. Por fortuna, no fue así. Me quedé dormido, y casi a la una de la tarde me desperté, tras haber tenido una serie de sueños confusos, en los que Luana Lake, mi compañera de trabajo, el cadáver de *madame* Duquesne, la figura llamativa de la rubia Vera Starrett, modelo de publicidad en casi todas las revistas del país, la pistola de Roger Duquesne, los motoristas asesinos y la sonrisa cáustica del agente federal Howard Connors, formaban un mosaico inquietante y tumultuoso, como la peor de las pesadillas.

El despertar, sin embargo, no fue demasiado molesto, e incluso me sentí bien, después de pedir en mi habitación un zumo de frutas y los diarios de la mañana. No descubrí noticia alguna sobre el cadáver de la señora Duquesne. Ni tampoco sobre muchas otras cosas que me intrigaban. El asunto seguía siendo top secret, como dijera Connors, el federal.

Recordé que debía localizar lo antes posible a Vera Starrett, la modelo de largas y bonitas piernas, busto bien formado —no sé si con siliconas o sin ellas—, y rostro fotogénico y personal, que lo mismo anunciaba unos cigarrillos que un bikini o unas vacaciones

en las Bermudas.

Aquél podía ser el principio de una búsqueda triunfal… o perfectamente inútil. Todo dependía de lo que encontrase a su final. Siempre que no fuese mi propia tumba.

Pagué la cuenta del hotel y lo abandoné, sin pensar siquiera en pasar por mi apartamento en las horas inmediatas. Connors me había aconsejado que hiciera una vida radicalmente distinta a la habitual. Era un medio de no ser localizado fácilmente en aquella colmena humana que era Manhattan.

Adquirí unos útiles de aseo, un traje a medida y unas prendas interiores de repuesto, un pequeño maletín donde guardar todo eso, y telefoneé al club nocturno, avisando de mi probable ausencia durante dos o tres días, a causa de la repentina gravedad de un familiar mío en Detroit. No sé si se tragaron el cuento, pero colgué sin esperar a confirmarlo.

Empezaba a sentirme excitado con aquel juego. El sabor de la aventura puede ser, a veces, tan embriagador como una bebida explosiva, o tan peligroso como una droga alucinógena. Empezaba a recordar viejos tiempos, cuando soñé con ser detective privado, y me terminó angustiando lo sórdido de mi trabajo y de mis asuntos.

Esto era diferente. El FBI, dos organismos internacionales, un hombre que sabía demasiado y poseía un secreto codiciado, cuando menos, por tres fuerzas secretas, cadáveres en los armarios, mujeres hermosas, asesinos que derriban estatuas o lanzan motoristas criminales sobre uno… y un hombre con mi mismo nombre, escondiéndose en la sombra, en algún lugar de la gran ciudad, mientras yo era el señuelo visible, el que atraía a los interesados en un secreto que me era totalmente desconocido.

Increíble y fascinante. Era como vivir una historia de espionaje, digna de James Bond. Sólo que yo no era James Bond. Ni siquiera tenía todavía un arma de fuego conmigo. Connors no lo había considerado prudente en estos momentos. Ni tampoco necesario.

Cierto que podían dejarme seco a la vuelta de cualquier esquina, y terminar así desagradablemente la seductora aventura. Pero uno también puede morir por el desprendimiento de una cornisa o de un ataque de apendicitis, y eso resulta mucho más prosaico y carente de emoción que morir metido en cierta clase de líos.

Sí. Tal vez me estaba dejando arrastrar por la embriagadora

sensación de algo nuevo y apasionante, que me había arrancado de mi rutina habitual, de mis noches en la pista del Galaxy, de mi apartamento de la Calle Veintitrés, de mi cafetería de siempre, del restaurante de la Calle Treinta, de todo lo que era cotidiano e idéntico, día tras día.

Recordé, mientras me aseaba en el lavabo de una cafetería, ciertos detalles de la noche anterior, cuando comenzó aquel torbellino. La feria de Coney Island. La sacerdotisa Belia, y sus profecías a tanto la palabra: mucha suerte, dinero, una bella desconocida…

La noche antes pensé si sería Luana Lake la bella desconocida de mi futuro. ¿O lo era una mujer rubia y espléndida, llamada Vera Starrett? ¿Seguiría teniendo suerte hasta el final de mi aventura?

Eso me hizo pensar en algo. Cuando hube terminado el breve aseo, regresé ron mi ligero maletín a la cafetería. Tomé un café con unos emparedados. Luego llamé a Luana Lake. Recordaba bien su dirección en el East Side neoyorquino. Lo demás, me lo resolvió la guía telefónica.

—¿Sí? —reconocí su voz al otro extremo del hilo.

—¿Luana? —pregunté—. Soy yo, Dave. Dave Shannon.

—Oh, Dave, usted… —Se detuvo. ¿Era imaginación mía, o su voz había revelado algo raro, como si le preocupase mi llamada o le causara una sorpresa especial? Tras una corta pausa, prosiguió, con tono más risueño—: Dave, me alegra que me llame.

—¿De veras? —Sonreí, olvidando todos los recelos—. Gracias, Luana. A mí también me gusta oír su voz.

—Le llamé antes, a su apartamento —dijo ella inesperadamente —. No contestó el teléfono en las tres o cuatro veces que repetí la llamada…

Fruncí el ceño, otra vez sobresaltado. Ella había llamado a mi apartamento. Recordé, con un poderoso esfuerzo de memoria. Yo ni siquiera le había dicho dónde vivía. ¿Cómo pudo saber mi teléfono?

Recordé inmediatamente algo que dijera Connors: era el único Dave Shannon que figuraba en la guía telefónica de Manhattan. Debió ser así. De todos modos, algo me resultaba extraño en su modo de expresarse, en lo que decía. No había motivo para que ella me llamara. Nuestra reciente amistad no llegaba a tanto.

—Sí, entiendo —contemporicé, mientras hacía trabajar mi

mente a toda presión—. Estuve fuera toda la mañana. Madrugué mucho.

—Lo imaginé, Dave… Me… me gustaría verle.

—Nos veremos esta noche —mentí—. A la hora de siempre, Luana, en el club.

—No me refería a eso. Me gustaría verle antes, en cualquier momento. Y charlar… Me encuentro tan… sola…

—¿Ahora? —pregunté, con voz tensa—. ¿Quiere que nos veamos ahora?

—Sí, eso es —asintió—. Dígame dónde está, e iré a verle, si no quiere usted venir, Dave. Tengo algunas cosas que contarle, y me gustaría verle cuanto antes. Se… se refieren a lo que hablamos anoche. Y a otras cosas. ¿No le molestará que nos veamos dentro de una hora o dos?

—No, claro que no. Pero me va a resultar difícil ir a buscarla a su casa. Podríamos hacer algo mejor. Encontramos en algún sitio céntrico… que nos vaya bien a los dos, ¿qué le parece?

—Excelente. Sí, será mejor que venir aquí… puesto que usted no puede. Créame, puede ser importante lo que tengo que decirle…

—No lo dudo —mientras hablaba, mi mente procuraba trabajar con orden, con lucidez, conservando toda mi sangre fría para manejar aquella situación—. ¿Qué le parece Bryant Park, en la Calle Cuarenta y Uno? Hay una cafetería excelente en la Consolidated Bus Terminal. Es un sitio ideal para encontrarnos.

—Perfecto. Allí dentro de una hora. ¿Le parece bien, Dave?

—Sí, está bien. Dentro de una hora, Luana. ¿Seguro que se encuentra bien?

—Claro —la oí reír suavemente, pero en algo me pareció su risa como forzada—. Me encuentro perfectamente, no lo dude. Sólo que ansío charlar con alguien, hablar de cosas que me preocupan. Usted me hizo mucho bien anoche, créame. Es un gran chico.

—Gracias, Luana. Hasta dentro de una hora.

—Hasta entonces, Dave. No me juzgue mal, por todo esto de ahora. Quizá sea tan voluble como lo era mi padre. Ya sabe, el artista de variedades. A él, mi madre tampoco llegó nunca a entenderlo, porque su vocación estaba en la tienda, en los negocios, ¿recuerda que hablamos de ello anoche? Hasta luego, Dave…

Colgó. Yo también.

Me quedé mirando el teléfono, profundamente pensativo. Ahora que no era simple imaginación mía. Ocurría algo. A Luana Lake le sucedía alguna cosa anormal. Acababa de darme la clave.

Ya era extraño que llamase a mi apartamento, sin motivo. Más aún que pidiera verme con tanto apremio. Pero sus palabras finales habían sido reveladoras.

Cierto que hablamos de sus padres la noche antes, pero era su madre y no su padre quien fue artista de variedades. Y su padre quien tuvo una tienda de ropas y no comprendía el espíritu bohemio de su madre…

Había cambiado los términos intencionadamente. Sin resultar sospechoso para quien estuviera escuchándola, revelar su mensaje de advertencia. Muy astutamente, la bonita muchacha que ya salvara mi vida una vez, la noche antes, con su grito tan oportuno, acababa de darme la pista cierta para que desconfiara de su llamada, para que no creyese una sola palabra de cuanto me había dicho.

El resto era fácil imaginarlo. La habían obligado a ello. Quizá con un arma junto a su cabeza. Había alguien en su casa. Estaba en poder de alguien.

Y no me cabían muchas dudas sobre quién tenía la culpa de que Luana estuviera pasando por tan difícil trance, en estos momentos. Yo. Yo era el responsable de ello.

Era peligroso acercarse a mí. Muy peligroso. Una vida de mujer estaba ahora en la cuerda floja. Sólo porque había conocido la noche antes a un tipo llamado Dave Shannon… que no era el Dave Shannon que todos andaban buscando por la ciudad, como en una cacería despiadada.

Ahora tenía que esperarle en la cafetería de la terminal de autobuses de la Calle Cuarenta y Uno, frente a Bryant Park, o sus captores recelarían de ella, y serían capaces de asesinarla.

Pero, ciertamente, ella no iría sola a esa cita provocada. Ella sería solamente el señuelo viviente para hacerme morder a mí el anzuelo.

Tenía que hacer algo para sacarla de las garras de sus captores. Y para salvar su piel y la mía, al mismo tiempo.

Tenía que hacerlo. Y lo haría. Aunque todavía no sabía cómo…

El escenario del drama. O quizá de la tragedia.

Lo examiné minuciosamente, una vez más. Detalle por detalle. Debía tenerlo todo muy en cuenta para cuando llegase el momento supremo. Y no faltaba ya mucho para ese momento, a juzgar por las manecillas de mi reloj.

Sólo faltaban cinco minutos para cumplirse la hora exacta desde mi llamada a Luana Lake. Cinco minutos más, si ella era puntual —y sus captores, sobre todo—, y la función comenzaría allí, en la cafetería de la terminal de autobuses de Bryant Park.

Esperé, con los nervios tensos. Contando, casi, cada segundo que transcurría.

Luana no llegaba. Pero si todo era como me temía, tendría que llegar. Del modo que fuese, llegaría. Yo no iba armado. No era fácil conseguir un arma, sin dar explicaciones engorrosas a algún comerciante. No quería correr riesgos inútiles. Tal vez la policía o el propio FBI… a pesar del inspector Connors, me pusieran dificultades graves, si me hallaban armado, y sin licencia. Cuando dejé de ejercer como detective, también tuve que abandonar mi permiso para portar armas.

Dejé de divagar sobre todas esas cosas. Repentinamente, las puertas del local se habían abierto. Entró ella. Reconocí inmediatamente la figura esbelta de Luana Lake, sus cabellos suaves y ondulados. Especialmente, sus piernas. Su predilección por las faldas cortas era un motivo de gratitud para el sexo masculino, ciertamente.

Ella me descubrió enseguida. Hizo un gesto rápido. La entendí. Miré por encima de su hombro, hacia la acera.

Entraban ellos también, en ese momento. Eran dos. Dos hombres de diferente estatura. De aspecto distinto. Pero sin duda alguna metidos en el mismo feo negocio. Sus manos se perdían bajo las americanas amplias, como si les doliera el hígado o el estómago. Pero yo sabía que no era ésa la razón de su postura. Estaban acariciando algo. Algo metálico y frío, del calibre que fuese.

Luana echó a andar hacia mí, sin embargo. Evidentemente, no podía hacer otra cosa, o los tipos la emprenderían con ella. Aún descubrí otro detalle más grave: aparcado ante la cafetería, junto al bordillo, estaba un automóvil. Su color me preocupó. Pero me confirmó algunas cosas que yo temía ya. Era verde oscuro.

Pensé con rapidez mientras Luana se acercaba a mi mesa, paso a

paso. Había dos grupos en juego, además del FBI americano. Uno de ellos deseaba liquidar a Dave Shannon Primero. El otro se conformaba con secuestrarlo y quitarle el secreto celosamente guardado.

El hecho de que yo fuese Dave Shannon Segundo, importaba muy poco. Ninguno de ellos lo sabía, ni ninguno lo aceptaría fácilmente.

Miré a todo lo largo del local elegido para nuestro encuentro. Había sido algo estratégicamente dispuesto. Un recuerdo vago de mis breves y lejanos tiempos de detective privado. La cafetería de la Consolidated Bus Terminal no tenía una salida. Ni dos… sino tres. Una a la Calle Cuarenta y Uno, era la principal. Otra, a la estación de autobuses, y la tercera frente a Bryant Park y una boca de subway. Algo idóneo, si resultaba bien. Esperaba que resultara. Por mi bien… y por el de Luana Lake.

Ya estaba muy cerca. La miré. Ella parecía dudar, como si abordarme fuese casi un acto criminal, habida cuenta de lo que tenía detrás. Yo miré de soslayo, mientras captaba en sus ojos la alarma, el aviso apremiante de que algo grave ocurría. Como esperaba, otro hombre también con la mano bajo la chaqueta, entraba por la puerta de la estación de autobuses.

Pero no vi a nadie en Bryant Park. Absolutamente a nadie. Era una puerta trasera, justo junto a los lavabos y la cocina, muy angosta, y casi nunca utilizada, salvo por el servicio del local. Eso explicaba muchas cosas.

Rápidamente, actué. Para sorpresa de Luana, me incorporé. Me acerqué a ella, con una ancha sonrisa cordial.

—Oh, amiga mía… —hablé en voz alta, risueño—. Qué alegría vernos de nuevo… Estoy en un apuro…

—Dave, yo… —comenzó ella con voz apagada.

—Sí, Luana. Deseaba hablar de nuevo con usted —me apresuré a continuar, deteniendo su posible advertencia—. Vamos, siéntese conmigo. Estoy en esa mesa…

La tomé por un brazo. Ella captó la fuerte presión de mis dedos sobre su piel. Me miró, sorprendida. Yo tiré de ella hacia la mesa. Luana se resistía, como queriendo avisarme de lo que se avecinaba. Los dos tipos que la seguían aceleraron su marcha hacia mí. El de la terminal empujó la vidriera de la entrada y se movió en diagonal

para cerrarme toda posible salida..., menos la de Bryant Park, en la que nadie pensaba.

Obré con mucha rapidez. No podía ser de otro modo, y yo había estudiado ya mi plan de acción previamente. De modo imprevisible, tiré con mayor fuerza de Luana, derribé la mesa, como por azar, con todo cuanto contenía, en medio de la alarma de los presentes en la cafetería, y aproveché el momento de indecisión para correr como un gamo hacia la salida, con la aparente intención de utilizar la de la estación de autobuses.

—¡A él, Brooks! —gritó uno de ellos, a mi espalda—. ¡Que no escape!

El tipo de la terminal se precipitó hacia mí, extrayendo un arma bajo su chaqueta. Estaba seguro de detener mi fuga. Algunas personas de la cafetería gritaban, alarmadas. Yo esperé el encuentro con el tal Brooks, mientras sujetaba aún con mi brazo derecho a Luana, y parecía dudar entre varias decisiones. Lo que hice fue disparar de repente mi pierna derecha, alcanzando de lleno al individuo en el brazo, con un seco puntapié de karate. Gritó, dolorido, rota su mano. Perdió la pistola automática, provista de silenciador, que describió una curva parabólica en el aire... y fue a caer en mi mano zurda, rápida en la recogida.

Después, ante el asombro de todos ellos, enmendé la dirección de mi carrera y, siempre sin soltar a Luana, a quien cubría con mi propio cuerpo, me precipité hacia la salida del parque, que atravesé en un par de segundos, sin darles tiempo siquiera a reaccionar.

Cuando quisieron darse cuenta, ella y yo estábamos ya en la calle, y penetrábamos vertiginosamente por la boca del subway, perdiéndonos entre la masa de gente que subía y bajaba.

Creo que Luana no recuperó el aliento hasta sentirse en el interior de un vagón del subterráneo, en dirección a la estación inmediata, mezclados con la multitud. Me miró, asombrada, jadeando aún.

—Es increíble... Dave, ¿cómo supo usted...?

—Era fácil —la interrumpí—. Capté su mensaje por teléfono.

—Oh, lo de papá y mamá... No podía hacer otra cosa. No creí que recordase el detalle...

—Yo no olvido ciertos detalles —reí—. Vicios de mis pocas semanas de detective, Luana. Escogí el mejor lugar, por si venían

mal dadas. La gente piensa en un sitio con dos salidas, pero rara vez con tres.

—Ahora…, ahora va armado, ¿no? —musitó ella, preocupada.

—Sí —asentí, golpeando mi americana—. La pistola de aquel tipo… No la utilizaré, a menos que me obliguen imperiosamente a ello, esté tranquila.

—Pero…, ¿tiene licencia para usarla?

—Ni lo sueñe —reí—. De todos modos, es un medio de protección. Ahora, dígame qué le pasó… Siga contándomelo por el camino, cuando dejemos el tren.

—Pero ¿vamos a bajar ya?

—Naturalmente. Encerrarnos aquí, sería ir a la ratonera. Tardarán unos segundos en atar cabos. Para entonces, espero que vigilen las salidas de este ferrocarril, pero no la más inmediata. No les dará tiempo de ello. Vamos ya, Luana. Cuéntame lo que pasó, como si hablásemos del tiempo o de la última película de Robert Redford…

Salimos del vagón, encaminándonos a la salida. Una vez fuera, comprobé que no había nadie a la vista, y detuve un taxi. Le di una dirección de Queens, al azar. Cuanto más lejos, mejor.

Mientras tanto, Luana Lake, mi compañera de trabajo en el Galaxy, me iba relatando lo sucedido últimamente en su propio domicilio.

—Fue sorprendente, Dave. No podía esperar algo así… Repentinamente, al atender a una llamada de alguien que dijo ser del servicio de inspección de la Compañía del Gas, entraron en mi apartamento esos dos hombres, armados y amenazándome en voz baja, pero con un gesto nada tranquilizador, para que les obedeciera en todo, si no quería morir. También llevaban pistolas provistas de silenciador. No me atreví a llevarles la contraria. Hubiera sido lo mismo que suicidarse, o cuando menos, eso creí. Me dijeron que debía ponerme como fuera en contacto con usted, y hacerle ir a mi casa o a cualquier otro sitio adonde usted aceptara ir, sin sospechar nada. Si no colaboraba, me matarían. Por otro lado, me prometieron que no querían matarle, sino sólo secuestrarle por alguna razón. Yo les dije que usted había estado dos veces a punto de ser asesinado. Negaron ser culpables de eso, y les oí comentar algo sobre… sobre «los otros». ¿Usted lo entiende, Dave?

—Ayer no hubiera entendido una sola palabra —confesé—. Hoy, es diferente. Muy diferente, Luana… Siga. ¿Qué hizo entonces?

—Lo único que era posible. Le llamé al teléfono que hallamos en la guía telefónica, con un arma de las suyas pegada a mi nuca. Pensé en darle alguna frase clave, pero no estaba segura de que usted llegara a captarla.

—Ya ve que no soy tan tonto como imaginaba…

—Perdone, Dave. No podía imaginar que su astucia llegase a tanto. Anoche me pareció usted un hombre desorientado, perplejo…

—Y sigo estándolo —admití ceñudo—. Pero algunas cosas empiezan a tomar cierta forma, aunque maldito si sé para qué y a qué conduce… Luana, cuando la llamé, imagino que se llevó una gran sorpresa…

—Y un susto mayúsculo. El hecho de que su teléfono no respondiera y nadie supiese de su paradero, me habían producido para entonces un gran alivio… —Me miró, aturdida, mientras el taxi rebasaba un semáforo, justo cuando iba a ponerse en rojo—. Por el amor de Dios, Dave, ¿qué es lo que está ocurriendo? ¿Lo sabe usted?

—No del todo… —confesé, mirándola gravemente—. Pero algo sé. Y ese algo no resulta nada tranquilizador. Ni para mí…, ni para usted.

—¿Para mí? —se asombró ella.

—Eso dije, Luana. Yo…, yo sé ahora que usted forma parte del juego. Un grupo la utilizó pretendiendo capturarme o asesinarme. Hay otros que pretenderán lo mismo. Su persona corre peligro ahora. Tendrá que hacer como yo, si quiere conservar la vida: ocultarse.

—¿Ocultarme? —Me miró con asombro—. ¿Dónde, Dave?

—Eso… es lo que vamos a discutir ahora, Luana, Después… le diré algunas de las cosas que tengo que hacer sin pérdida de tiempo. La primera de ellas será entrevistarme con una mujer hermosa y, tal vez, peligrosa como una serpiente de cascabel.

—¿Tiene que hacerlo?

—Sí —afirmé—. Tengo que hacerlo. Pero no sin antes dejarla a usted a salvo de todo riesgo, amiga mía…

CAPÍTULO VII

Era un lujoso chalet en la parte alta de Riverside Orive. Rodeado de jardines, en una zona residencial de primera categoría. Justo lo que esperaba en una mujer como ella.

Una camarera negra salió a abrirme. Sus hermanos de raza también tenían lujosas propiedades en Riverside, pero más hacia el sur de Manhattan. En este sector solamente vi residencias de raza blanca. Así eran las cosas. En Riverside y en cualquier otro lugar del país. Ni los que eran indiferentes a la discriminación querían ver a sus hijos y familiares conviviendo con gentes de color. Y luego se quejaban de que hubiera Panteras Negras, Black Power y cosas así. Siempre he pensado que quien siembra vientos, recoge tempestades.

—La señorita Starrett no podrá recibirle, señor —manifestó la mujer de color, con su soniquete peculiar en la forma de hablar—. Está muy ocupada y…

—La señorita Starrett me recibirá, esté segura —dije secamente —. Dele esta tarjeta mía. Y añada algo: estoy dispuesto a verla enseguida. Es muy urgente.

—Señor, las órdenes de la señorita Starrett son de que… —Trató de defender la negra su postura. Pero yo la atajé con decisión, sin mostrarme violento.

—Imagino las órdenes que le habrá dado —admití—. Pero usted haga lo que le dije. Verá cómo no le culpan de nada. A su ama le interesa mucho verme, no lo dude.

Creo que sí lo dudaba, pero se decidió a entrar, tratando de cerrarme la puerta. Yo metí la pierna justo a tiempo, impidiéndolo. Pasé al vestíbulo, y me miró, preocupada.

—No tema —dije—. Esperaré aquí. No me gusta esperar ante una puerta cerrada.

Se ausentó recelosa. No tardó en volver. Cuando lo hizo, su gesto era de sorpresa.

—La señorita Starrett le recibirá —me dijo—. Pase, por favor.

La seguí, satisfecho. Llegamos a otro jardín posterior, con una pequeña y limpia piscina de aguas verdes. La modelo de tantas y tantas páginas publicitarias, era inconfundible. Paseaba junto a la piscina, con gesto pensativo, mi tarjeta de visita en sus manos. Lucía una blusa estampada, anudada sobre el estómago, que dejaba ver gran parte de su admirable anatomía. Y unos *shorts* amarillos que permitían apreciar la belleza estilizada de sus muy famosos muslos.

—¿Señor Shannon? —preguntó, mirándome inquisitivamente, y parándose en seco al borde de un rectángulo de bien cuidado césped, más allá de las baldosas de colores que bordeaban la piscina.

—Yo mismo, señorita Starrett —afirmé—. Dave Shannon. Pero, como ve, no es el mismo Dave Shannon que usted conoce…

Sus ojos se clavaban en mí. Aunque se mantuvo inexpresiva, capté el destello en sus pupilas. Arqueó las cejas y, bajo la blusa, sus pechos parecieron vibrar.

—No sé de qué me habla —manifestó fríamente—. No conozco a ningún Shannon.

—Miente —repliqué—. Hay otro Dave Shannon. Usted sabía que no era su visitante. Pero me dejó pasar, sin embargo. ¿Simple curiosidad… o sabe que hay DOS Shannon jugando al escondite en esta ciudad?

—Sigo sin entender sus palabras —me objetó con tono glacial—. Le agradeceré que se retire inmediatamente, señor Shannon, si no tiene nada más que decirme…, o me veré obligada a llamar a la policía.

—No —negué—. No la llamará. Ni a la policía, ni al FBI, esté segura. A usted no le gustaría meterse en problemas, estando Shannon Primero por medio. Ya me comprende. Además, el FBI se interesa ya en su persona. Por eso estoy aquí.

—Por última vez. ¿Se marcha o no? —Se detuvo, impaciente junto a una mesa donde tenía unas gafas de sol, un libro de bolsillo y un bolso de piel escarlata, con cremallera. Me miró, colérica. Yo contemplaba la vibración agradable de sus senos. Era todo un

espectáculo. Ni siquiera en sus mejores *spots* publicitarios había visto nada semejante.

—No —negué, cínico—. No me marcharé… hasta saber dónde puedo encontrar al otro David Shannon, señorita Starrett.

—Yo no sé nada de eso —se encogió de hombros—. No puedo ayudarle. Aunque conociera a alguien de ese nombre, no significaría, necesariamente, que fuese capaz de saber su paradero. Una mujer de mi profesión conoce a mucha gente a quien ve de tarde en tarde… o no vuelve a ver jamás. Lo lamento por usted. Pero está perdiendo su tiempo lastimosamente.

—No lo crea —negué, avanzando hacia ella—. Han intentado asesinarme dos veces, al confundirme con su amigo Shannon Primero, Me siguen dos grupos de rufianes internacionales, y me vigila el FBI, con el propósito de ayudarme. Estoy dispuesto a llegar hasta donde sea para no volver a correr riesgos. Sólo encontrando al auténtico Shannon, me veré libre del problema. De modo que imagine lo que seré capaz de hacer, con tal de salirme con la mía.

—¿Sería capaz incluso de causarme daño a mí? —preguntó ella, desafiante.

—Posiblemente… si usted me obligaba a ello —afirmé, rotundo.

—Muy bien. Si usted no tiene escrúpulos en hacer su juego…, ¡yo tampoco, señor Shannon Segundo! —replicó ella, ásperamente.

Y su mano, al abrir el monedero rojo, extrajo de él una pequeña pistola de cachas de nácar, delicada como un juguete. Y mortífera como cualquier otra.

* * *

No tuve la más mínima vacilación.

Me precipité hacia ella como un bólido La derribé, haciéndole perder el arma, que, al huir de sus dedos, se fue hacia la piscina para hundirse en ella con un leve chapoteo.

Sin embargo, Vera Starrett resultó tener unas manos muy ágiles y unas uñas muy afiladas y diestras. Buscó mi cara, sin encontrarla de puro milagro. Aún así, me arañó profundamente el cuello. Sentí correr gotas de sangre sobre mi piel.

Eso me enfureció. Alcé mi mano y la abofeteé sin miramientos. Vi bailotear su bonita cabeza de lado a lado, zarandeada por los bofetones. Se quejó, me insultó de un modo poco académico, para

mía dama tan atractiva y famosa, pero ya no trató de herirme más. En vez de ello, me miró, insultante, enfurecida, sin percatarse de que su blusa se había soltado en el ardor de la pelea… y ello hacía aún más deliciosa su contemplación.

—Ahora va a decirme la verdad, o seguiré abofeteando sin el menor reparo —avisé con dureza, sujetándola sobre el césped, mi rodilla hundida en su estómago, mis piernas sujetando sus desnudas y atractivas extremidades—. No tengo tiempo que perder. Hay demasiado en juego, me va la vida en ello. Si no habla de una maldita vez, va a sentirlo, preciosa señorita Starrett. Esta vez me he conformado con unas bofetadas, pero puedo ser más duro, si me obligan, no lo dude.

—Maldito bastardo… —Me insultó furiosa. Y al ver que levantaba mi mano, se apresuró a jadear, angustiada—: ¡No, no, espere! Espere, se lo ruego… No haga eso… Le diré lo que ha venido a saber. Se lo diré… y déjeme en paz de una vez. Pero si algo le sucede a usted, no me culpe de ello… Busca a David Shannon, ¿no es cierto? Yo le diré dónde puede encontrarlo.

—Estoy esperando ese informe. No crea que puede engañarme. Iré a comprobarlo. Si me ha mentido, volveré…, ¡y no va a gustarle lo que haga con usted, haya quien haya protegiéndola! Vamos, hable. Cuanto antes lo sepa, tanto mejor. No quiero que ese otro Shannon se me escape…

—No tema. No hay la menor posibilidad de que huya, antes de llegar usted… Estará allí, no lo dude.

—¿Dónde?

—En el cementerio de Bronx —dijo ella, sarcástica, con un detalle burlón en sus ojos—. Allí lo encontrará. En una tumba de la manzana 116… Está muerto, ¿entiende? ESTÁ MUERTO…

Me quedé de una pieza. La miré, incrédulo.

Y en ese momento escuché las pisadas a mi espalda. Alguien disparó con silenciador. Una bala se hincó en el césped, junto a mí, con un ahogado «ploc»…

* * *

Salté como si mis músculos fuesen muelles de acero repentinamente tensados. Giré la cabeza, buscando mi arma, mientras corría en zigzag hacia la piscina. Los dos hombres no me

eran desconocidos, ni mucho menos. Se trataba de los mismos que raptaron a Luana Lake, y la escoltaron hasta la cafetería de la terminal de autobuses.

—¡No nos obligue a matarle, Shannon! —jadeó uno de ellos—. ¡Entréguese!

Mi arma ya estaba en mis dedos, apuntándoles. Disparé sin vacilar, con otro estampido ahogado, apenas audible. Los dos tipos juraron entre dientes, rabiosamente, y se tiraron tras de un seto, para guarecerse. Yo sentí otro par de balas zumbando en el quieto aire de la tarde, en pos mío. No me alcanzaron. Como tiradores no eran gran cosa… o su propósito no era el de matarme.

Recordé algo que dijera Connors: había dos organizaciones. Una pretendía la muerte de Shannon. La otra, sólo el secreto que él conservaba consigo.

Pegada a tierra, Vera Starrett se mantenía inmóvil, para no ofrecer blanco a los proyectiles que zumbaban cerca de ella furiosamente. No me preocupé de ella. Bastante tenía con mi propio pellejo. Salvé una cerca de ladrillos, al fondo del jardín posterior, y corrí por un sendero, entre arboledas, buscando salir de aquella emboscada a que me había conducido mi visita a Vera Starrett.

Durante la carrera, mi mente iba recordando la inesperada, desconcertante respuesta de la bella modelo:

—Dave Shannon está muerto… Cementerio de Bronx, manzana 116… Está muerto…, muerto…

* * *

Era verdad. David Shannon estaba muerto.

Contemplé su tumba con desagrado. Era como contemplar mi propia tumba, en cierto modo. Sentí un escalofrío cuando leí mi propio nombre y apellido en aquella lápida del cementerio de Bronx. Justo en la manzana 116 del recinto funerario.

—Dios mío, Luana… —murmuré, abatido—. ¿Y ahora… qué?

—No sé —murmuró ella a mi lado, encogiéndose de hombros. Desvió sus ojos de la lápida y me miró pensativa—. Supongo que ellos tendrán que enterarse. Hay que hacerlo público. De ese modo dejarán de perseguirte…

—Esperemos que crean que fue él la persona que buscaban, y no yo —suspiré—. A fin de cuentas, si hay dos Shannon, ¿quién les

convence de que el muerto es, justamente, el que tiene lo que ellos buscan? Ahora no hay nadie para corroborarlo. El que podría hacerlo, está sepultado ahí dentro…

—Y, por la fecha de la inscripción, lleva ya un mes ahí… —murmuró Luana, señalando la lápida—. Un mes enterrado… y la lápida dedicada por una mujer…

Era cierto. Leí, de modo mecánico, la fúnebre inscripción:

«AQUÍ YACE DAVID SHANNON.
DESCANSA EN PAZ.
TU AMADA NO TE OLVIDA».

Seguía la fecha de la defunción. Ciertamente, cosa de veintitantos días antes. Hacía mucho tiempo que Shannon no existía, para que anduvieran tras de mí por error.

O quizá por ello mismo, no les quedaba otra opción. Yo era el único Shannon vivo. La idea no me gustaba mucho. Era como sepultar la última esperanza, en la misma tumba de Shannon Primero.

Luana y yo nos alejamos de aquella tumba. Con su muerte, el desaprensivo Shannon que me citara el inspector federal Howard Connors, quizá se llevase el secreto a la sepultura. Y las cosas parecían tomar otro cariz, más difícil y complejo.

—¿Dónde buscamos ahora? —me lamenté—. Era la única pista…

—Pero Vera Starrett no mintió. Dijo la verdad, Dave.

—Sí, la dijo, eso es obvio… Tal vez sea ella la «amada» que dedicó la lápida a Shannon.

—¿Dijo usted que el tal Shannon se había hecho varias intervenciones de cirugía plástica, y que no existen antecedentes ni huellas de él? —preguntó Luana, de pronto, mirándome con, vivo interés.

—Sí, eso dije —afirmé—. Es lo que me contaron los federales. ¿Por qué lo menciona?

—Porque un hombre en esas circunstancias huye fácilmente de sus perseguidores. Pero si las cosas se ponen difíciles…, a veces, la idea de morir súbitamente es un buen recurso para evitar acosos

molestos.

—¿Qué quieres decir? —me asombré, parándome en seco y contemplándola aturdido.

—Oh, nada. Tal vez me equivoque, pero… —Luana se encogió de hombros—. Es sólo una corazonada. Instinto de mujer. Yo…, yo tendría aún mis dudas sobre la muerte de un hombre de tantos recursos, Dave… Después de todo, no cuesta tanto depositar a cualquier otro en una tumba… y registrar su muerte con el nombre de David Shannon, no existiendo familiares ni amigos que puedan identificar al difunto…

—Una falsa muerte… —entorné los ojos, dubitativo—. ¿Es eso lo que sugiere, Luana?

—Posiblemente se burle de mí, pero… sí. Eso es lo que quería sugerirle.

—No es mala idea, a fin de cuentas —admití—. Creo que investigaré más a fondo ese fallecimiento y sus circunstancias… Pero esta vez, usted se quedará en ese hotel donde nos hemos alojado como el señor y la señora Kelly… No necesitará cerrar esta vez por dentro, ni dejarme una manta en el sofá. Al menos, no hasta más tarde. Pero, eso sí, procure permanecer en el hotel, sin moverse bajo pretexto alguno. Ellos saben ahora que estamos juntos, y a través suyo tratarán de encontrarme a mí. Sin embargo, no es mi problema el peor. Esa gente sería capaz de cualquier cosa, por salirse con la suya.

—¿Incluso de… matarme? —sonrió Luana risueñamente, mirándome.

—Incluso de matarte, sí —afirmé sin ninguna sonrisa.

Salimos del cementerio, para dirigirnos a Queens. Ella se quedaría en el hotel, y yo iría a investigar en el Registro Civil, la defunción de David Shannon y los trámites cumplidos previos a su inhumación en el cementerio del Bronx.

Ésos eran mis propósitos, cuando menos. Pero el hombre propone… y otros hombres, a veces, disponen. Ésta fue una de esas veces.

Por enésima vez en los últimos días, fui sorprendido desagradablemente. Esta vez no ocurrió como en la cafetería de la terminal o en casa de Vera Starrett. Me cogieron totalmente desprevenido. Y también a Luana Lake.

—Ni un movimiento, Shannon —dijo la voz—. La vida de esta dama está en peligro. Y también la suya.

Miré a nuestros adversarios. No había salida posible. La furgoneta fúnebre, de color negro, con una cruz en su parte posterior, y el nombre de una empresa funeraria de Brooklyn estaba parada ante el cementerio mismo. Dentro, a través de las puertas abiertas, se veía un ataúd. Estuve seguro de que estaría tan vacío como mi cabeza al permitir que esto sucediera tan estúpidamente.

Ellos eran tres hombres, todos enmascarados con medias de nylon ciñéndoles las facciones grotescamente. Iban armados con pistolas silenciosas. Había un cuarto hombre, al volante del coche. Todos ellos vestían enteramente de negro, como los viejos gángsters de tiempos de Al Capone y de Torrio en Cicero. Para cualquier curioso, serían gente enlutada que tenía alguna ingrata ceremonia en el cementerio…

—Suban a la furgoneta —ordenó uno de ellos, moviendo su mano armada con energía—. Y no intenten nada. No dudaríamos en matar a ambos.

Estuve seguro de eso. Es más, me temía que ése iba a ser, de todos modos, el final del trayecto en tan poco agradable vehículo. Pero subimos. No había opción. Ellos lo hicieron con nosotros y cerraron con pestillo la doble puerta trasera. Su ruido debió ser el aviso para el conductor, que puso en marcha la furgoneta negra.

Nos hicieron sentar a Luana y a mí en unos asientos laterales, con la ingrata presencia del féretro ante nosotros. Uno de ellos rió bajo la máscara de nylon, al mirar yo la oblonda caja de muertos.

—No tema —dijo—. Está vacío. Forma parte de la carpintería.

—Ya —dije—. No temí nada. Estaba preguntándome si, de todos modos, acabaré usando ese estuche para mí…

—Depende de usted —silabeó uno.

—¿De mí? —Enarqué las cejas y les contemplé fríamente—. No se imaginarán que soy el David Shannon que posee algo de gran valor, un secreto internacional…

—No es que lo supongamos. Es que lo sabemos, amigo…

—Se equivocan. Sólo tienen que volver atrás. Uno de ustedes baja de la furgoneta y va a la manzana 116 del cementerio del Bronx. Allí está el Shannon que ustedes buscan. Podrán leer su lápida y convencerse.

Su interlocutor soltó una carcajada, que sonó extraña tras la máscara de nylon.

—Vamos, vamos. Es un viejo truco ése —dijo—. Sabemos lo que dice esa lápida. Ya hemos visto la tumba. Incluso se publicó una pequeña reseña fúnebre en algunos diarios, muy escondida, para engañarnos mejor. No sirve de nada. Es un truco del FBI para protegerle, Shannon. Usted es nuestro hombre, no tenemos duda alguna.

—No saben lo que dicen —protesté de modo airado—. Mi compañera puede decirles que yo…

—No vamos a hacer caso a usted ni a su compañera —cortó ásperamente el hombre—. Ambos forman parte del juego, sin lugar a duda. Pero es un juego demasiado peligroso. No tiene una sola baza favorable. Si no habla, y pronto…, mataremos a la chica. Luego, si persiste en su silencio o en sus mentiras, usted seguirá a su compañera. Decida, Shannon. Pero decida pronto. Somos personas de poca paciencia.

—Imagino que ustedes son los que derribaron sobre mí la estatua de Coney Island, los que lanzaron los motoristas asesinos… y tal vez los que mataron a *madame* Duquesne. ¿Me equivoco?

—Habla demasiado…, pero no de lo que debe hacerlo —se irritó el otro—. La orden inicial era la de ejecución inmediata, para que muriera usted con su secreto encima, Shannon. Pero no podemos fiarnos de que haya hecho alguna otra jugarreta para que, una vez muerto, ese secreto llegue a poder de los federales, pongamos por caso. Y hubo contraorden del mando: es mejor cazarle vivo, ¿entiende? Y que nos facilite lo que posee… a cambio de su vida. Creo que es una transacción favorable para usted. Los muertos no ganan dinero, por muy valioso que sea lo que posean, ¿se ha dado cuenta de ello?

—Lo malo es que yo no poseo nada. Y nada puedo hacer en favor suyo —protesté—. Deben darse cuenta, amigos… ¡Yo no soy David Shannon, malditos sean todos! Es decir, soy David Shannon, pero no el que ustedes suponen…

—¿Ah, no? —El tipo me miró fríamente. Luego, hizo algo que no parecía tener sentido en principio. De su bolsillo extrajo algo, que situó bruscamente ante mí. Lo miré, y pegué un respingo, inevitablemente.

—¿Qué? —mascullé—. ¿Qué es eso?

—¿No se reconoce? Es usted mismo…

Era verdad. Una fotografía rara. Pero era yo. De frente, de perfil, con números de orden en un rectángulo negro, al pie… Como la ficha de un delincuente. No recordaba haberme hecho jamás semejante fotografía. Y menos aún, con una aplicación así.

—Diablo, claro que soy yo… —murmuré, preocupado—. ¿De dónde la sacó? Es un truco…

—¿Un truco? —El enmascarado se echó a reír huecamente—. Veremos, amigo, veremos… Por el momento, la legitimidad de esta fotografía está fuera de duda. Pertenece a su ficha personal. La ficha de David Shannon, traficante en secretos militares y políticos… ¡Y procede de los propios archivos del FBI!

Para mi asombro y estupefacción, giró la cartulina. Pude ver, tras ella, las siglas del Federal Bureau of Investigación… y los datos reseñados con un sello de goma y una máquina de escribir, relativo a mi persona…

Algunas de las palabras allí inscritas, me hicieron tambalear, preguntándome si había perdido la razón, o el mundo era el que estaba loco.

Leí claramente: «Reclamado por varios países de Europa. Espía independiente… Traficante en secretos internacionales… Muy peligroso… Orden de busca y captura…».

Era delirante. Absurdo, como todo aquel asunto de puro disparate. Traté de argumentar, mientras la propia Luana me contemplaba con ojos incrédulos, empezando a dudar de mi sinceridad anterior.

—Hay algún error en eso… Yo no soy esa persona. ¡No soy el que creen!

—Entonces, además de llamarse igual…, es su hermano gemelo —se mofó el enmascarado—. Vamos, Shannon, ahora no tiene argumento alguno para defenderse. En esa tumba del Bronx, debe yacer cualquier otro…, o quizá el Shannon inocente a que usted se refería antes… Pero de todas formas, aún queda la última y definitiva prueba. Cuando lleguemos a nuestro refugio, va a encontrarse con alguien que, posiblemente, nos saque de dudas, de una vez por todas…

—¿Quién?

—No es que necesitemos a nadie para estar seguros de su identidad, Shannon, pero…, eso terminará por desarmarle de modo definitivo. Sí, hay alguien en el refugio. Alguien que le conoce lo suficiente para que no tenga la más mínima duda, apenas le vea…

—Eso me alegraría —resoplé—. Si, realmente, me conoce tanto, les demostrará su error. Y si conoce al «otro» Shannon… también probará la verdad de cuanto dije.

—Muy bien —silabeó mi captor agriamente—. Vamos a llegar con esto hasta el fin. Pero después de eso, haré sólo una pregunta. Si no la responde en un minuto, su amiga morirá en el acto. Y después usted, ya se lo dije. Sólo la verdad, una respuesta sincera, podrá salvar su vida y la de ella.

La furgoneta siguió adelante. Permanecí en silencio, huraño, y preocupado, aunque con la única esperanza que me proporcionaba el saber que alguien iba a convencerles a todos de su error. Sin embargo, todavía no lograba entender aquella ficha del FBI. Si esa organización de rufianes tenía una infiltración en la oficina de los federales, algo fallaba, en ella, para tener semejantes datos. Pero ¿dónde estaba el error? Porque aquélla era mi ficha, sin lugar a dudas. Y yo jamás estuve fichado. Menos aún en el FBI…

Luana no me habló en todo el camino. Tal vez estaba disgustada conmigo. Y falta de fe en mi persona, tras suponer que la había engañado como a un crío. Ella también necesitaba salir de dudas, viendo la verdad, de una vez por todas.

Finalmente, se detuvo la furgoneta. Nos hicieron salir de ella. No vi gran cosa. Estaba aparcada dentro de un gran garaje, con las puertas cerradas. Por una puertecilla lateral, pasamos a un corredor, y de éste a una amplia nave con un altillo de baranda de hierro. Allí nos esperaban otros dos hombres armados. Aprobaron, entusiasmados, nuestra llegada. El jefe del grupo dio una orden en voz baja. Uno de los hombres asintió, desapareciendo en el altillo. El tipo que hablara se volvió hacia mí, escudriñándome desde detrás del nylon ceñido a su rostro.

—Ahora va a venir, Shannon —dijo—. Ella es la prueba que falta…

—¿Ella? —Parpadeé, asombrado—. ¿Una mujer?

—Eso es. Una mujer que forzosamente tiene que conocerle bien, Shannon…, ¡porque es su propia esposa!

Sentí ganas de reírme. ¡Mi esposa! Y yo ni siquiera estuve nunca casado…

—Muy bien —reí suavemente, con gesto irónico—. Adelante con esa flamante esposa que me han buscado… Estoy deseando contemplar su cara cuando me vea… ¿Cuándo va a venir ella?

—Aquí viene ya —anunció él—. Pronto saldremos de dudas…

Una mujer descendía por la escalera del altillo. La nave estaba tan en penumbras, que en principio me fue imposible distinguir bien su figura, su rostro. Sólo advertí que era rubia. Más rubia que Vera Starrett, incluso.

Luego…

Mi sonrisa se heló en mis labios. Mi tremenda seguridad en el resultado del ridículo experimento, se desmoronó, de repente, como un azucarillo mojado…

Porque la mujer, apenas me vio, se precipitó hacia mí, lanzando gritos de júbilo y de sorpresa:

—¡Dave, querido! ¡Oh, Dave, esposo mío…!

Me abrazó. Me besó apasionadamente, pese a mi tremenda resistencia, dominado aún por el más tremendo de los asombros. Siguió repitiendo:

—Amor… Dave, mi vida… Nunca creí volver a verte, querido mío, mi esposo…

Y me besaba, frenética, sollozante…

Lo peor, lo más increíble y alucinante de aquella disparatada situación, era que la mujer rubia, la que ahora afirmaba tan vivamente ser mi esposa…, ¡era la mujer a quien yo conocía como *madame* Annette Duquesne, la misma cuyo cadáver descubrí en mi armario empotrado…!

CAPÍTULO VIII

Annette Duquesne… Una mujer muerta, asesinada… Una vecina casada con un francés llamado Roger Duquesne… ¡Y estaba probando a todos que ella era mi esposa, y yo, el David Shannon que ellos estaban persiguiendo!

—Esto no tiene sentido… —murmuré, atónito—. Se trata de un monstruoso error, de una farsa ridícula y sin fundamento… Puedo probar…, puedo probar que yo soy soltero, que esta dama no es mi esposa, que ella es Annette Duquesne, esposa de un caballero francés, como ella misma…

—¿Yo… francesa? —La Duquesne me miró con una cara de ingenuo asombro, que hubiera engañado a su propia madre… Al hablar, observé, aterrado, que ¡no tenía el más leve acento francés ni de ningún otro sitio, al pronunciar el inglés! Me miró lastimosamente—. Querido, ¿qué te ocurre? ¿Acaso te han dado alguna droga, te han torturado…? No puedes hablar así de mí, de tu esposa… Tampoco tiene sentido querer engañar a estas personas. Ellos no se dejarían sorprender por algo tan burdo… Resulta fácil comprobar que eres Dave Shannon, que somos marido y mujer…. ¿A qué conduciría negar todo esto?

La miré, horrorizado por su cinismo. Luana Lake me contemplaba con un reproche en su gesto, con un infinito asombro en sus ojos. Había dolor en aquella mirada, una censura hacia mí, por tanta mentira como ella imaginaría…

—¿Por qué, Dave? —murmuró—. ¿Por qué meterme en esto… para acumular semejante sarta de mentiras…? Si usted es el espía que buscan…, acepte su responsabilidad, y no trate de manejar a los demás como muñecos…

Hubiera querido decirle muchas cosas, responder algo lo

bastante persuasivo. Pero sabía que no había, nada que decir. Que no existía palabra alguna lo bastante verosímil para romper aquella telaraña increíble. Era enloquecedor. Habían hecho de mí otra persona completamente diferente. Incluso me proporcionaban una esposa que no lo era. Y cuya última vez que la viera, me resultaba tan difícil de olvidar… Una mujer que debía de estar muerta, si es que yo no estaba rematadamente loco.

—Lo siento —murmuré, incapaz de decir otra cosa—. Lo siento muy de veras, Luana… Yo…, yo no tengo nada que decir ahora. No vale la pena…

—Muy bien. Entonces, hable, Shannon… —me apremió tuno de mis aprehensores—. Ya sabe que son tres las vidas en juego: la suya, la de su joven amiga y la de su esposa. Si tiene un poco de sentido común y algo de conciencia, espero que obre honestamente por una vez, y nos diga dónde tiene el secreto que ha movido ya a tantos servicios de inteligencia en pos de usted. Estamos dispuestos a ser generosos. Incluso le pagaremos una cantidad razonable a cambio de ello, además de respetar sus vidas. Esa suma será de diez mil dólares. Sé que no es mucho para un hombre llamado Dave Shannon, pero es mejor que nada. Y en algo debe valorar también su vida, la de su esposa y la de esa joven… Como le dije, tiene un minuto. Un solo minuto para pensar… y dar la respuesta definitiva. Está avisado.

Señaló con su mano armada hacia el muro desconchado, donde era visible un reloj eléctrico de pared. La aguja de los segundos salía en ese momento de la cifra doce.

—Cuando vuelva a tocar el doce, su plazo habrá terminado —me avisó fríamente, apoyando su pistola, prevista de silenciador, sobre la sien de Luana, que palideció levemente, mirando con ojos dilatados a su verdugo. No pronunció palabra, sin embargo. El enmascarado avisó—: Van quince segundos, Shannon…

Ya lo sabía yo. También los ojos seguían aquella aguja delgada, girando en torno a la esfera. Era terrible imaginarse que la vida de Luana Lake dependía de mí, de lo que yo dijera…, sobre algo de lo que no sabía nada. Y no sólo su vida, sino la de todos nosotros.

Mientras clavaba mi mirada en el reloj, en su aguja implacable, trataba de pensar, de recordar cosas incoherentes, hechos sin sentido… Mi apartamento registrado, revuelto, el cuerpo de Annette

Duquesne en el armario, la visita de Roger Duquesne armado de una pistola… Las palabras de Connors, el federal: «Los Duquesne tenían orden de asesinar al auténtico Shannon…». Y la fallecida Annette, rediviva, jurando ser mi esposa… Y mi ficha obtenida de los archivos del FBI, probando que yo era el Shannon buscado por todos…

—Treinta segundos…

La aguja comenzó a recorrer hacia arriba la segunda mitad de la esfera. La definitiva. Borrosamente, descubría la mirada de Luana, fija patéticamente en mí. La de mi falsa esposa, sin desviarse tampoco de mi rostro, como si realmente esperase que yo dijera algo salvador.

Forzaba mi mente, de modo desesperado. Había que salir del apuro, decir algo, lo que fuera, cuando menos para ganar tiempo para tratar de pensar de hacer algo. Pero ¿se dejarían ellos engañar? ¿Se fiarían de la palabra de un tipo que, aparentemente, no decía una sola verdad ni a su mujer?

—Quince segundos solamente… Se acaba su plazo, Shannon…

Era el fin. Había que decidirse. El silencio era ahora angustioso.

—Está bien —resoplé—. Aparte el arma. Voy a hablar.

El tipo respiró con fuerza. Bajo el nylon su rostro goteaba sudor. Apartó la pistola de la sien de Luana, que también exhaló un suspiro de profundo alivio. Annette me contemplaba, como preguntándome adónde iba yo a paran. Después de todo, ella sí sabía que yo no era su esposo, ni el David Shannon que ellos creían. A fin de cuentas, había provocado esta situación con su actitud absurda, inexplicable.

—Conforme —dijo el enmascarado—. Le escucho… Imagino que resultará obvio decirle que no admito embustes, ni trucos dilatorios. Confirmaremos enseguida lo que diga, Shannon. Si no fuese cierto, no habría segunda oportunidad. Procedería a matarles, sin más preguntas ni plazos. Ahora, hable.

Tragué saliva. Estaba seguro de que las cosas serían como él decía, pero yo no podía hacer otra cosa, salvo ganar aquel tiempo que, quizá, no sirviese absolutamente para nada.

—Lo que tanto buscan todos, el secreto que poseo en estos momentos… no es precisamente muy voluminoso —dije al azar, recordando ciertos detalles del brutal registro habido en mi

apartamento, cuando todo aquello se inició.

—Lo sabemos —afirmó con un resoplido mi interlocutor—. Es pequeño. Muy pequeño. Pero queremos saber dónde está. Y obtenerlo. Hable, Shannon. Veo que empieza, cuando menos, a decir la verdad…

Los cuatro hombres allí presentes estaban pendientes por completo de mis palabras. Los otros dos habían quedado fuera, montando guardia en el acceso a aquella nave interior del edificio que les servía de refugio. También Luana. Y Annette Duquesne, la falsa señora Shannon.

Abrí la boca. Me dispuse a seguir, diciendo algo que esperaba sirviera solamente para ganar un tiempo. O para aplazar la hora de emprender el último viaje.

Mi flamante «esposa» no me dio esa oportunidad. Ni siquiera me dejó seguir hablando. Su intervención fue tan brusca como inesperada. Para ellos… y para mí.

A espaldas de los cuatro hombres armados, que esperaban mi ansiada revelación, Annette Duquesne entró en súbita acción. Y de qué modo…

La vi disparar sus brazos como aspas de molino, sobre la nuca de dos de mis adversarios, con perfecta sincronización de luchadora experta. Yo he practicado algo de arte marcial de Oriente, y sé cuándo alguien conoce la materia. Annette la conocía. Además, era ágil como un diablo.

Los dos hombres golpeados se desplomaron, sin exhalar un gemido. Cuando el tercero se volvió, sobresaltado, tratando de saber qué sucedía, la pierna derecha de la rubia muchacha se disparó igual que una centella. Su arma escapó por los aires y sentí el chasquido de su brazo roto, tras el impacto.

El cuarto hombre era mi interlocutor, y aunque fue muy rápido en volverse y tratar de disparar sobre Annette, ella fue mucho más rápida, arrojando sobre él al hombre recién dañado, con una increíble llave…

Yo intervine entonces en apoyo de ella, con celeridad. Caí sobre el tipo que me amenazara directamente y le golpeé rudamente, haciéndole tambalear y caer contra el muro. Su pistola se disparó al aire, con un sordo «ploc».

Ya no pudo hacer más. Tomé un arma del suelo, del mismo

modo que lo hizo Annette Duquesne, y apuntando al grupo, ambos nos convertimos en los dueños de la situación.

—Enhorabuena —felicité a la rubia muchacha—. Lo haces muy bien, querida «esposa»…

Ella se echó a reír de buen grado, guiñándome un ojo.

—Gracias, Shannon —dijo—. A eso le llamo yo devolver golpe por golpe… Ahora, vamos a ocuparnos de los tipos de allá fuera, y olvidemos nuestras ironías. Habrá ocasión de ello, cuando estemos lejos de aquí…

—Sí, pienso como usted —asentí—. Hay muchas cosas por aclarar, pero eso puede esperar aún… Lo importante es salir con vida de ésta…

—¿Cómo? —Pestañeó Luana—. ¿Pero no son realmente marido y mujer?

—Cielos, no, amiga mía —rechazó Annette risueñamente—. Tuve que hacerlo, apenas le vi. Era el modo de alargar las cosas y ver de lograr algo práctico… Negar que él era mi esposo, hubiera significado la muerte inmediata de ustedes. A ellos no les gusta dejar con vida a los testigos de sus actos… Era el único modo, créame…

—Pero esa ficha federal… —protesté, con disgusto.

—Eso no es cosa mía —sonrió la joven a quien yo creyera francesa, esposa de Duquesne—. Al parecer, de un modo u otro, está usted metido en un buen lío, hasta el cuello…

—Sí —admití de mala gana—. Y me pregunto quién me metería a mí en ello…

* * *

No resultó nada difícil terminar la redada triunfalmente.

Al término de nuestra acción, seis hombres yacían allí, ligados o esposados, a la espera de que las autoridades se hicieran cargo de ellos. Habíamos logrado vencer a toda la pandilla. Pero mi falsa esposa se encargó de quitarme toda idea triunfalista de la cabeza, cuando hubimos terminado.

—No crea que hemos alcanzado la victoria total —me avisó—. Esta gente es sólo basura. Delincuentes vulgares, a sueldo de alguien más importante, que los utiliza como escudo para no dar la cara. Agentes extranjeros, organizaciones internacionales o altos

organismos de Inteligencia, recurren a gentuza semejante, en los asuntos demasiado turbios. Lo cierto es que quienes andan detrás del secreto de David Shannon, continuarán su cacería implacablemente, ocurra lo que ocurra con sus esbirros de tercera fila.

—De modo que sigo en peligro… —me quejé, con desaliento.

—Inevitablemente —asintió ella—. Ahora, vamos a telefonear anónimamente a la policía, para que vengan por esta carroña. Cuando las autoridades lleguen, nosotros ya no estaremos aquí. Nos harían demasiadas preguntas, que imagino no querrá usted contestar…

—¿Yo? Si ni siquiera sabría cómo hacerlo. Soy el primero en hacer preguntas, que nadie me responde…

—Trataré de responder a algunas de ellas —miró a Luana—. ¿Usted también viene?

—No tiene más remedio —suspiré—. Hay quienes creen que está en el asunto conmigo. Ahora es demasiado tarde para cambiar las cosas.

—Sí, entiendo… —Cuando estuvimos a alguna distancia del edificio, una vieja fábrica abandonada, en una zona portuaria del Bronx, Annette utilizó un teléfono público para llamar a la policía. Después nos alejamos, utilizando la propia furgoneta negra de los secuestradores, hasta un lugar donde fuera fácil hallar taxis y encontrarnos relativamente a salvo de nuevos problemas.

Yo conduje la furgoneta, llevando a mi lado a ambas mujeres. Las miré, pensativo. Hice mi primera pregunta a la muchacha rabia:

—Supongo que usted no es francesa… ni se llama siquiera Annette.

—Supone mal, en parte. No soy francesa —sonrió—. Pero sí de Nueva Orleáns. Mis padres eran franceses de origen. Y, ciertamente…, me llamo Annette. Annette Dorlac… y sé imitar a la perfección el acento francés, cuando quiero… ¿Eso explica alguna de sus dudas?

—Sólo algunas —resoplé—. ¿Y… Duquesne? Él era su esposo… ¿O lo es David Shannon?

—Ninguno de los dos, porque yo nunca estuve casada. Pero figuro como esposa de Dave Shannon, y eso engañó a mis raptores… En realidad, he fingido ser su esposa, porque…, porque

lo cierto es que la persona a quien usted conoció como Roger Duquesne, su vecino de apartamento… ¡ERA EL AUTENTICO DAVID SHANNON!

* * *

Me quedé petrificado.

Tanto, que me costó reaccionar y volver a la carga, con tono vacilante, lleno de dudas y de incertidumbres:

—Pero…, pero el FBI me dijo a mí que los Duquesne… eran dos asesinos enviados por una organización criminal para matar a David Shannon…

—Le dijeron la verdad. Así era. Sólo que Shannon… fue más diestro. Mató a los Duquesne en Nueva Jersey. Ocultó sus cadáveres, y él y yo nos hicimos pasar por ellos… Yo era su colaboradora, la única que ha tenido Shannon últimamente, ¿va entendiendo?

—No del todo. Hay un hombre enterrado en el Bronx. La lápida habla de un tal David Shannon. Y una mujer, Vera Starrett, me envió a mí a ese cementerio…

—Le engañó. Fue el primer truco de Shannon para fingirse muerto. Nunca creyó que tuviera demasiado éxito, ni convenciera a sus enemigos, pero valía la pena probar…

—¿Y usted, Annette? —protesté—. ¡Yo la vi a usted asesinada dentro de mi armario! ¡Su presunto esposo, el falso Duquesne, vino con un arma, amenazándome, buscándola a usted…!

—Sí, comprendo que todo eso le haya vuelto medio loco, amigo mío —suspiró la joven de Nueva Orleáns—. Lo cierto es que nos alojamos cerca de usted, en aquel edificio de apartamentos, para vigilarle y saber si nuestros perseguidores le confundían con David Shannon, como así sucedió… Yo descubrí que registraban su apartamento ferozmente. Fui a investigar, utilizando una llave maestra que poseo… Usted me sorprendió dentro del piso, y entonces, con una navaja trucada que poseo, un poco de pintura roja de uñas y el truco de parecer colgada del perchero, le hice creer que me habían asesinado, dando tiempo a que mi compañero, el auténtico Shannon —Duquesne para usted—, viniera a sacarme del apuro. ¿Va dándose cuenta ahora de todo? Me bastó salir de allí y limpiarme el esmalte rojo, para que todo quedara sin rastro del

presunto «cadáver»…

—De modo que han engañado al FBI, a sus perseguidores… y a mí. Ahora, el falso Duquesne posee en su poder el secreto que todos andan buscando. Y se burla de todos nosotros…

—Tiene que ocultarse. Sabe que su vida no vale nada si le dan caza. Naturalmente, ahora adoptará otra identidad, otro aspecto… Por eso no me importó informarle de que Duquesne era Shannon…

—Y yo, el hombre de paja, en todo este juego —me quejé—. Yo, que nada sé, que nada llevo conmigo…, soy la víctima en quien nadie cree. El auténtico perseguido, acechado… por culpa de un profesional del tráfico de secretos internacionales…

—Eso es cierto, mi querido amigo —suspiró ella, mirándome con cierta simpatía—. No se merece lo que le está ocurriendo. En modo alguno… Pero así ha sido el azar, al poner en el camino de Dave a un hombre de su mismo nombre… Él no podía renunciar a tan excelente oportunidad de confundir a sus enemigos. A fin de cuentas, Shannon no es ningún altruista, ni un héroe honesto y generoso. Por el contrario, vive engañando, mintiendo, robando y matando… Forma parte de su oficio.

—Y usted… ¿le ayuda en todo eso? —La voz de Luana Lake sonó con vivo reproche.

—No, amiga mía, no en todo eso —rechazó Annette con arrogancia—. En realidad, yo no supe que era Shannon hasta que me vi metida en el problema, y él me pidió que me fingiera su esposa, para desorientar a sus perseguidores. Llevo sólo unos meses a su lado. A los Duquesne fue él quien los mató. Pero eran simples ejecutores a sueldo. No fue un crimen, sino una lucha feroz, despiadada… Sí. Shannon, el otro Shannon es un hombre despreciable, lleno de defectos y carente de escrúpulos…, pero no es peor que otros muchos que viven, como él, de la rivalidad que existe entre ciertas potencias.

—No lo defienda —me quejé amargamente—. Mientras él se oculta, haciéndose pasar por muerto, yo fui quien estuvo a punto, muchas veces, de morir en su lugar. Incluso me dirigieron un réquiem por teléfono… Pavana por una infanta difunta… ¿Fue cosa suya, Annette?

—No —rechazó ella vivamente—. Claro que no. No le telefoneé nunca… Ni tampoco Shannon.

—Alguien lo hizo, y fui tan tonto de nombrar el supuesto cadáver del armario… Oh, diablos, la voz me hizo creer que era del autor del crimen…

—Sin duda, aprovecharía la ocasión para provocarle más temor —señaló Annette, pensativa—. Bien, ahora ya sabe todo o casi todo lo relacionado conmigo. ¿Qué tal si nos quedamos aquí y nos separamos hasta otra ocasión?

—Perfecto —asentí. La miré fijamente—. ¿Acaso va usted…, a reunirse con el otro Shannon?

—Aunque fuese así, no se lo diría, Dave. Piense que si su vida está en juego… también lo está la suya. Si los que le encontrasen no fueran federales, su vida no valdría un solo centavo. Adiós, amigos. Quizá nos volvamos a encontrar…

—Adiós, muchacha —sonreí, estrechando su mano cordialmente, tras dejar la furgoneta fúnebre en un callejón oscuro y poco frecuentado—. Suerte. La merece. Creo que esta noche nos salvó la vida…

—Sí, Annette —impulsivamente Luana Lake abrazó a la muchacha, besando sus mejillas cálidamente. La oprimió contra sí, evidentemente afectuosa—. Gracias por todo… Nunca vi la muerte más cerca que hoy…

—No tienen que agradecerme nada —rechazó la mucha de Nueva Orleáns, alejándose de nosotros dos. Una sonrisa iluminó su atractivo rostro bajo la melena rubia—. Creo que todos corrimos igual peligro. Alguien tenía que intentar lo desesperado… ocurriese lo que ocurriese. Buenas noches, amigos. También yo les deseo suerte…

Se perdió en la esquina inmediata. Miré a Luana. Y ella a mí.

—¿Nos vamos, Dave? —preguntó ella apagadamente—. Cuantos antes lleguemos a sitio seguro, tanto mejor. Empiezo a tener miedo… Miedo incluso a andar por la calle…

—Vaya usted. Luana —pedí. Detuve un taxi con un gesto rápido —. Ya sabe dónde ir. Quédese en su habitación y espéreme.

—Dave…, ¿qué va a hacer ahora? —gimió ella, sorprendida y alarmada.

—Se trata sólo de un corto paseo nocturno —sonreí—. Eso espero, cuando menos… Vamos, no discuta. Felices sueños, Luana…

El taxi arrancó, tras meterse ella de mala gana en el vehículo.

Me quedé solo en la calle. Rápidamente, corrí, sin hacer ruido alguno en el asfalto, a la esquina por la que desapareciera Annette Dorlac. Asomé con cautela. Sonreí.

Annette detenía un taxi en esos momentos, contemplando, con mirada de alivio, cómo el taxi que conducía a Luana Lake cruzaba frente a ella y desaparecía en otra calle, a alguna distancia.

Era obvio que creía que los dos íbamos dentro. Justo lo que yo había pensado. Lo que deseaba, por otro lado. Esperé, oculto en la esquina, viendo aproximarse un taxi donde yo estaba. De no haber surgido ese coche de alquiler, hubiera robado un coche aparcado. Estaba dispuesto a llegar al final.

A mi propio final.

Y mi final tenía un nombre: David Shannon Primero…

Capítulo IX

EL taxista había llevado a cabo una auténtica obra de arte.

Ni un profesional de la investigación privada hubiera seguido tan perfectamente a otro vehículo, sin ser advertido. La distancia adecuada, el modo de correr, de detenerse, de virar acá y allá… Todo perfecto. Si Annette sospechó algo, es que poseía una mente superdotada.

No creí que fuese así, porque su taxi se detuvo ante un edificio del sur de Manhattan, cerca de Battery Park, y ella despidió al vehículo, abonando la carrera. Su melena rubia era mi mejor guía a distancia para seguirla minuciosamente, sin fallo alguno.

La vi detenerse en la acera, mirar en derredor atentamente. Luego, echó a andar. Sorprendentemente, no subió los escalones de acceso a la puerta de entrada al edificio. En vez de ello, se acercó a otros escalones descendentes hacia un semisótano por debajo del nivel de la calle. Vi que allí se anunciaba un negocio de compraventa de toda clase de artículos. A estas horas, por supuesto, aparecía herméticamente cerrado y en sombras.

Sin embargo, ella debió utilizar una llave. La oí abrir una puerta, sonó un lejano campanilleo breve. Luego, la puerta vidriera se debió cerrar de nuevo, con un chasquido que ahogó todo otro ruido. No brilló luz alguna. Si la había, los escaparates y puerta del establecimiento estaban cegados convenientemente para no dejar filtrar la luz al exterior.

«Buen escondrijo —aprobé, pensativo—. Ni un hotel, ni un apartamento, ni tan siquiera una vivienda. Un negocio vulgar y pequeño, en un barrio modesto… Nadie pensaría en ello».

De modo que allí debía de ser. La seguridad de sentirme tan cerca de mi otro yo, del hombre por quien tenía que andar huyendo

constantemente, me prestó confianza, seguridad. Y noté un hormigueo de excitación en todo mi ser.

Avancé lentamente. No cometería errores. Podían vigilar la calle y descubrirme. Si eso ocurría, lo perdería definitivamente. No habría otra oportunidad igual. Nunca más.

Rodeé la calle por el extremo de la manzana. Di vuelta al edificio completo y salí por la otra esquina, lejos de la tienda. Pegado al muro, caminé sin hacer ruido alguno. En mi bolsillo, pesaba el arma que me había apropiado esta noche, tras perder la que obtuviera de los tipos de la cafetería, al ser secuestrado por los hombres de las medias de nylon al rostro. Pero era un peso amable y cordial. La seguridad de un medio de defensa, en caso de ponerse feas las cosas. Ya no me fiaba de nada ni de nadie.

Alcancé la tienda. Miré a un lado y otro, antes de resolver lo que debía hacer. Luego, ante la soledad absoluta de la calle, salté la verja, sin utilizar los escalones descendentes a los bajos del edificio. Caí con las piernas arqueadas, sin producir ruido.

Aún así, esperé un rato, pegado a la pared, fuera de la visual de cualquiera que asomara a la puerta o escaparates de la tienducha. No pasó nada. Nadie advirtió mi llegada…

Entrar por la puerta era imposible. Y negativo. Había una cerradura, acaso un pestillo. Y una campanilla delatora. Eso daba por eliminada esa posibilidad. Elegí la otra: un escaparate. No había ninguna más. Si existía una puerta de salida posterior, yo la desconocía.

Tenía sus dificultades. Pero de mis tiempos de detective, me había quedado como recuerdo aquel delgado anillo de plata con una piedrecilla: un duro diamante para tareas semejantes.

Procedí a manipular el escaparate. Tracé un corte circular, casi perfecto, y fui repitiendo la incisión. El vidrio estaba a punto de caer. ¿Produciría ruido? El escaparate aparecía velado con una recia lona, que protegía los artículos expuestos allí durante el día. Si el vidrio caía entre la lona y los objetos, el ruido sería mínimo…

Tuve suerte. Así sucedió. Apenas un levísimo chasquido, un roce y nada más. Esperé, en silencio, conteniendo la respiración. Tuve que repetir varios cortes así, con idéntico éxito, unidos todos entre sí, para dejar una abertura lo bastante amplia para entrar, agazapado.

Logré pasar, apartando la lona y pisando con cuidado sobre objetos diversos, sin derribar ninguno de ellos.

Pisé el pavimento de la tienda. Ya estaba allí. Me detuve. Agucé el oído. Las voces me llegaron nítidas, de una trastienda. Un rayo de luz horizontal se recortaba a ras del suelo, tras un mostrador encristalado. Tuve que abrirme paso entre figuras ornamentales de madera, bicicletas, juguetes, muebles antiguos y cerámicas, Rodeé el mostrador. Escuché algo tras aquella puerta:

—… Lástima… Él pudo haber muerto, de no estar tú presente. Eso hubiera resuelto mi problema definitivamente. Ya nadie hubiera dudado del fin de David Shannon…

Era una voz masculina, profunda y grave. La identifiqué, aunque ya no tenía acento francés: el falso Duquesne, mi vecino de apartamento…

—No, David —oí la voz de Annette con énfasis—. No hubiera sido justo. Ni honesto. Ya han sido sacrificadas demasiadas personas, ¿no crees? Tu egoísmo no puede llegar a tanto…

—Vaya, te noto muy preocupada por mi homónimo… ¿De veras te inquieta su suerte? Eso puede significar que, esperando verte enamorada de un David Shannon alguna vez… tú te hayas enamorado de otro, preciosa…

—Bah, no digas tonterías —cortó ella fríamente—. ¿Quién habla ahora de amor? Trabajo para ti por lealtad. Si puedo, me gustaría verte libre, lejos de tus enemigos… a salvo. Pero no por ello apruebo tu comportamiento ni tus ideales. No obras con justicia. Ni con honestidad.

—Un espía que vive de su sola capacidad, sin ayuda de nadie, enfrentado a todos, no puede ser honesto, Annette —protestó Shannon Primero—. De todos modos, agradezco tu lealtad… Espero que pronto deje de ser necesaria tu ayuda… y el seguir escondido aquí.

—Evidentemente, Shannon —dije, abriendo la puerta de la trastienda con brusquedad. Le encañoné, cuando le vi moverse, y oí gritar entre dientes, sobresaltada, a Annette Dorlac—. El juego termina aquí de modo definitivo. Voy a entregarle al FBI. Cuando se sepa eso, sus enemigos dejarán de perseguirme…

—¡Shannon! —rugió el hombre que también se llamaba así—. ¡Usted…! Annette, no es posible que tú me hayas…

—¿Vendido? —Ella le miró con ojos centelleantes, tras estudiarme a mí curiosamente—. ¿Por quién me tomas, David? El debió llegar aquí de alguna forma que no entiendo… Es más listo de lo que pensé… Le felicito, Dave. Supo encontrar a su hombre antes que nadie…

—No, antes, no —negó una voz, a espalda de ellos, frente a mí, tras una cortina que me tapaba por completo a quien respondía sorprendentemente a mis palabras. La voz siguió cuando yo apuntaba con mi arma hacia allá, tratando de superar mi asombro —: Tire ese arma, Dave… Somos varios, y estamos encañonando a Annette, a Shannon, a usted… Nos sería muy fácil matarles a todos…

Estaba seguro de que decían la verdad. Tiré mi arma, malhumorado y furioso. La cortina se descorrió. Annette musitó, mirando al otro David Shannon.

—La puerta posterior… No sé cómo la descubrirían…

Frente a nosotros, aparecían tres personas armadas. Dos me eran muy conocidas ya: los mismos tipos de la cafetería, de la residencia de Vera Starrett… La tercera persona me dejó la sangre helada en las venas. No podía creerlo.

—Usted… —murmuré, con asombro, contemplando aquella mano armada de una pistola automática con silenciador. Una mano que no temblaba. Y unos ojos duros, fríos y crueles, que yo no conocía apenas—. Usted… Cielos, Luana, ¿qué significa esto?

Y Luana Lake, mi buena amiga Luana, me lo explicó:

—Significa, Dave…, que soy yo quien dirige uno de los grupos que persiguen a David Shannon y su valioso secreto… El grupo más astuto. Y también el más despiadado…

* * *

El silencio en que quedamos sumidos, reflejaba el inmenso asombro que a todos nos había producido la revelación increíble. Luana, la cantante y bailarina, la compañera del Galaxy, mi salvadora de aquella noche, mi amiga desde entonces…

Muchas cosas quedaban ahora al descubierto. Muchos errores. Muchos hechos inexplicables en principio…

Annette hizo la pregunta que más me intrigaba a mí también:

—¿Cómo pudo localizarnos? ¿Me siguió también? Y siendo así,

¿cómo localizó la puerta trasera, que está en un viejo patio interior del edificio…?

Luana se echó a reír. De un bolsillo extrajo algo, con su mano zurda. Lo miré, fascinado.

Era una pequeña caja plana, dotada de una mirilla electrónica, y unos pulsadores. Vi un guiño continuado de una luz fluorescente verde en la mirilla. Una aguja oscilaba, sobre la caja, en una esfera graduada.

—¿Lo entiende ahora? —dijo la extraña mujer—. Un simple detector de radiaciones electrónicas… Hay un emisor y un receptor… Yo llevo el receptor. El emisor es poco mayor que un botón de camisa… y lo lleva usted ahora, Annette…, adherido a sus ropas.

—¡El abrazo y los besos! —exclamó la muchacha, furiosa—. Era eso… El pretexto para dejarme adherido el emisor de ondas. Yo, sin saberlo, la traje aquí, a distancia…

—Eso es. La señal era muy clara. No nos costó nada seguirla… —Me miró con cierta irritación—. Pero usted, Dave, siempre se mete por medio. No debe sorprenderse de que le confundiéramos con el auténtico Shannon espía. Parece destinado a mezclarse en todo. Ahora ya sé que no es el hombre que buscábamos…

—Pero… pero, Luana, usted gritó, me salvó la vida aquella noche… —recordé.

—No, Dave. Lo motoristas eran mis hombres. No tenían intención de aplastarle, sino sólo de asustarle… y darme a mí ocasión de ganarme su amistad y confianza. Si usted era el auténtico poseedor del secreto, acabaría obteniéndolo. Si no… estaba segura de que me llevaría hasta él.

—Como así ha sido de un modo u otro… —me lamenté—. Luana, aquel supuesto secuestro…

—Una farsa para seguir el engaño. Mis hombres fingían llevarme cautiva, es todo.

—Por eso después… aparecieron también en casa de la Starrett. Sólo usted y el FBI sabían que yo iría a ver a esa mujer… Debí comprenderlo entonces. Lo mismo que el hecho de que sus otros contrincantes estuvieran a la puerta del cementerio. Debieron seguir a sus hombres que, a su vez, la seguían a usted… y los ahuyentaron, raptándonos a ambos… ¡Y yo tuve la idea de ocultarla para que no

corriese peligro! He sido un perfecto necio…

—No se culpe de ello —rió Luana—. Era difícil sospechar de mí, Dave. Muy difícil… Ahora, este asunto se resolverá de una vez por todas. Me interesaba ese secreto. Pero mis superiores me dieron órdenes concretas. Si no obtengo el microfilme de secretos militares de la OTAN que lleva consigo David Shannon Primero… les mataré a todos ustedes. Saben demasiado. Nadie puede sobrevivir…

—Nos matará, de todas formas —dijo agriamente el espía llamado Shannon—. De modo que no hay micro-filme, señora. Se irá conmigo a la eternidad, porque sólo yo sé dónde está…

—Muy bien —suspiró Luana. Alzó su arma. Sus esbirros la imitaron—. Entonces… buen viaje al infierno para todos ustedes. Adiós, Dave. Siento tener que hacerlo. En otras circunstancias, hubiéramos podido ser felices. Me gustabas mucho, te soy sincera…

Y se dispusieron a hacer fuego sobre nosotros. Palabra que su revelación no me servía de ningún consuelo.

* * *

—La pena por espionaje, en tiempo de paz, nunca implica la pena capital, señorita Lake. ¿Va a matar a esas personas, para terminar sus días en la silla eléctrica?

La voz fría, imperturbable, sacudió hasta la última fibra de Luana Lake. Se volvió, perpleja, desorientada, palideciendo intensamente. También sus esbirros sin saber qué hacer.

—¡Connors! —grité jubilosamente—. ¡El FBI…!

—Sí, amigo mío —sonrió el inspector federal, seguido al menos por media docena de colegas suyos, todos armados de poderosas pistolas de calibre 45—. El FBI llega a tiempo… Lo cierto es que también tenemos sistema de recepción de ondas electrónicas… Sospechaba algo así por parte de los espías, para localizar a Shannon Primero… Bien, ¿qué resuelven? Si disparan, señorita Lake, nosotros dispararemos a herir… y terminarán ejecutados.

—Usted lo dijo —sonrió fríamente Luana dejando caer su arma —. No vale la pena morir. Ni matar. Ya no… Les felicito. Tuvieron mucha suerte, Dave… Mucha suerte…

—Ya iba siendo hora —resoplé—. Mi buena fortuna, al fin apareció… Oiga, Connors, ¿cómo pudo existir una ficha federal con mi fotografía… y falseando mis datos?

—Un truco —rió Connors—. Una fotografía suya tomada con infrarrojos, sin usted saberlo. Y lo demás, trabajo de laboratorio, para engañar a los espías. En cierto modo, amigo mío, y lamento decírselo…, usted no dejaba de ser un excelente cebo para que mordieran los peces gordos en el anzuelo. Y así ha sido al final…

Vi cómo esposaban a Luana y a sus esbirros. Antes de salir hacia el coche celular me dirigió una cínica y amarga sonrisa. Cambié una mirada con Annette Dorlac.

—Una pitonisa me dijo que conocería a una bella desconocida, y tendría fortuna, suerte y amor —comenté sarcástico—. Eso me servirá para que nunca más vaya a conocer mi porvenir…

—No se queje, Dave —suspiró ella, acercándose a mí, mientras también Shannon Primero era esposado por los federales—. Tuvo mucha suerte en sobrevivir a todo esto… Conoció a otra desconocida, no sé si tan bella como Luana Lake, llamada Annette Dorlac, y a Annette Dorlac no le importaría en absoluto saber lo que es el amor… con un hombre llamado Dave Shannon…, que no es espía ni traficante en secretos internacionales…

—Cielos, Annette… —La miré sorprendido—. Entonces… ¿podría haber algo de verdad en lo que dijo antes Shannon?

—¿Lo oíste? —Ella sonrió, asintiendo—. Sí, Dave. Creo que él tenía toda la razón…

La miré fijamente. Tomé sus manos. Estaban frías. Las oprimí calurosamente. Y me dije que, después de todo, la pitonisa del parque de atracciones no se había equivocado mucho en sus profecías…

—Mi bella desconocida… —murmuré.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy* Cat (Julio Pérez Tabernero, 1973) y El pez de los ojos de oro (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas La conjura (2009) y La clave de los evangelios. En Morsa ha publicado La noche de América agonizante y su autobiografía, Yo, Curtis Garland.

Notas

[1] Hell Angels: Los «ángeles del infierno», tristemente célebres en Estados Unidos, especialmente en California, donde forman cuadrillas temibles, arrollando cuanto hallan a su paso. Son grupos de jóvenes motoristas con emblemas nazis, racistas y «ultras», que siembran el terror con sus potentes máquinas, cadenas, barras de hierro y cuanto elemento destructivo y agresivo tienen a su alcance. < <

[2] Alusión al famosísimo cuento corto de Ray Bradbury, «The Pedestrian» («El peatón»), una de las pequeñas obras maestras de la ciencia-ficción, en la que se relata la historia de un peatón nocturno en un mundo futuro, mecanizado y controlado, donde el simple afán de pasear se convierte en un signo evidente de locura. (N. del A.). < <